



Trabajo Final Integrador

“JOAN SCOTT: APORTES PARA UNA PERSPECTIVA FEMINISTA  
SOBRE LA HISTORIA”

Lic. Juan Ignacio Veleda

Directora: Dra. Mabel Alicia Campagnoli

Especialización en Educación en Géneros y Sexualidades

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

2019

## Índice:

Introducción .....	2
Capítulo 1: La necesidad del género .....	6
Capítulo 2: La crítica de la experiencia .....	20
Capítulo 3: La relevancia de la fantasía.....	38
Consideraciones finales .....	52
Referencias bibliográficas: .....	56

## Introducción

Es indudable que la historia ha sido de gran relevancia para los feminismos, no sólo porque historizar el presente se convirtió en su momento en una de las principales formas de crítica a todo intento por justificar las relaciones de opresión en una dimensión pretendidamente natural e invariable, esto es el sexo; sino también porque la apelación a un pasado compartido contribuyó de manera sumamente eficaz, en términos políticos, a fortalecer un vínculo identitario en grupos históricamente subordinados, como es el caso de las mujeres. Y ello fue así aun teniendo en cuenta la con frecuencia señalada multivocidad del término historia, que refiere, como es sabido, tanto a los hechos del pasado como a su narración. Pues para la crítica y transformación emprendida por las mujeres del orden que las sojuzgaba, ha resultado fundamental tanto imaginarse y construir un pasado como producir un relato sobre el mismo. Pero también es indudable el reverso de ese impacto, ya que igualmente significativas han sido las repercusiones provocadas por la política y la teoría feministas en la historiografía, principalmente a partir de la introducción de la categoría de ‘género’. En términos generales ese impacto puede ser medido al menos de dos maneras: por un lado, por la proliferación en las últimas décadas de estudios históricos sobre las mujeres, las minorías sexo-genéricas y las disidencias sexuales, articulados en torno al género; por otro lado, por las reconsideraciones disciplinarias a las que dio lugar, no solo iluminando nuevas áreas de investigación sino, y fundamentalmente, poniendo en cuestionamiento supuestos metodológicos y conceptuales.

Y sin embargo los entrecruzamientos entre la historia, o cabría decir mejor la historiografía<sup>1</sup>, y el género entendido como categoría de análisis tienen una datación relativamente reciente, rastreada hacia comienzos de los años ochenta del siglo pasado. En ello ha cumplido un rol destacado la historiadora norteamericana Joan Wallach Scott. Por eso el presente trabajo se propone realizar un recorrido por su producción teórica con el fin de destacar sus principales contribuciones a la temática señalada, reconstruyendo al mismo tiempo las perspectivas en las cuales se inscribe y los debates más importantes a los que dio lugar. En tanto producción que abarca los últimos cincuenta años, la reconstrucción de sus aportes implica a la vez un repaso por muchas de las discusiones contemporáneas más

---

<sup>1</sup> Si bien la aclaración es importante, es cierto que Joan Scott, autora en torno a la cual versa este trabajo, utiliza en muy pocas oportunidades el término “historiografía”, aun cuando es evidente que con “historia” se está refiriendo a la disciplina y no al pasado en sí mismo. Hecha esta aclaración, en adelante he preferido a lo largo del trabajo conservar los términos utilizados por la propia Scott.

relevantes en el campo de la historia, de la teoría feminista, de la filosofía y de la teoría psicoanalítica.

Nacida en 1941 en Nueva York, Scott se graduó en Historia en la Universidad de Brandeis y continuó sus estudios en Madison, Wisconsin, donde se doctoró en el año 1969, con un trabajo sobre el impacto de los cambios tecnológicos en la organización social y política de los trabajadores vidrieros en el sur de Francia hacia finales del siglo XIX, trabajo luego publicado en 1974. Durante toda la década del 70 enseñó en distintas universidades (Illinois, Northwestern y Carolina del Norte) hasta ser nombrada profesora en la Universidad de Brown en 1980, donde un año después fundó el Pembroke Center for Teaching and Research on Women. Permaneció en Brown hasta 1985, cuando fue convocada por el Institute of Advanced Study en Princeton, lugar en el que trabajó desde entonces hasta la actualidad.

Desde los inicios de su carrera académica, Scott se especializó en historia de la Francia moderna y del trabajo, bajo el paraguas metodológico y conceptual de lo que por entonces era el emergente campo de la historia social. En efecto, sus dos primeros libros, *The glassworkers of Carmaux* de 1974 y *Women, work and family* de 1978 (en coautoría con Louise Tilly), están escritos aun en el marco de esta perspectiva. Sin embargo, sobre todo a partir de su estadía en Brown, comienza a darse un desplazamiento en sus intereses hacia cuestiones más teóricas, de la historia pero también del feminismo, y un decidido abandono de los presupuestos de la historia social en favor de un posicionamiento postestructuralista explícito defendido a lo largo de años. Por ello es habitual reseñar la trayectoria de Scott en términos de “giros”, una clave heurística que ella misma utiliza en un artículo autobiográfico reciente en el que traza las inflexiones de su recorrido conceptual (Scott, 2009b). En otras ocasiones también se refiere a esos desplazamientos en términos de transformaciones epistemológicas. En cualquier caso esos giros representan, como dirá en una entrevista de los últimos años, su constante intento por encontrar formas de indagar acerca del significado, sirviéndose de una variedad de herramientas teóricas (Hesford y Diedrich, 2014).

Siguiendo esta clave de lectura de su obra, lo que podría llamarse el giro postestructuralista ha sido probablemente el más notorio, señalado y discutido en los textos de Scott. Fue bajo esa perspectiva que articuló su conocida definición del género y que emprendió la crítica de la categoría de experiencia, noción central para la historia y para la teoría feminista. En distintos sentidos pero con similar importancia, en ambos campos Scott ha realizado contribuciones sumamente considerables. Conceptualización del género y crítica de la experiencia vertebran entonces los dos primeros capítulos de este trabajo. Menos explorado ha sido su desplazamiento más reciente hacia la teoría psicoanalítica, ámbito que

anteriormente había ignorado o subestimado según sus propias palabras. La revalorización del psicoanálisis y, específicamente, la relevancia de la categoría de fantasía para la historia serán los ejes del tercer capítulo.

En todos los capítulos, además de las tesis de Scott, se intentará reconstruir las características principales de sus contextos o coordenadas intelectuales, identificando y señalando influencias, interlocutores y críticos. Por otro lado, se intentará profundizar en las implicancias que tuvo su trabajo para categorías claves del feminismo como son las de identidad y agencia. En relación a esto último, es evidente que preguntarse por la agencia en el pasado es en algún punto preguntarse por las posibilidades de agenciamiento en el presente, lo cual revela que la investigación histórica y nuestro vínculo con el pasado revisten también, e incluso quizás principalmente, un carácter político y no sólo epistemológico.

Pero antes de terminar esta introducción quisiera señalar otro giro, anterior a aquellos que llevarán a Scott a incursionar por el postestructuralismo y el psicoanálisis, pero tan fundamental como ellos. Me refiero al giro que la posicionó, definitivamente, como historiadora feminista, lo cual significaba no solo una transformación epistemológica sino personal y política. Criada en un hogar de izquierda y progresista, Scott reconocerá de todos modos que el feminismo no formaba parte de su herencia política. Sin embargo, la explosión del movimiento en los campus universitarios la llevó decididamente a ocuparse a partir de los años setenta de la historia de las mujeres, primero en la enseñanza y luego también en la investigación. Durante la década anterior su foco de atención había estado puesto en la clase obrera, conjugando un activismo constante con la lectura fervorosa de autores como E. Hobsbawm, E. Thompson y C. Tilly, todos ellos de filiación marxista. La demanda de las estudiantes feministas de producir una historia de las mujeres, una *herstory*<sup>2</sup>, modificó decididamente el centro de sus intereses (Scott, 2009b; Zaoui, P., Mangeot, P., Ponticelli, A., Krikorian, G., 2014).

El giro feminista permitía, según Scott, conjugar varios aspectos de su vida: el académico, el personal y el político. Con todo, este posicionamiento siempre estuvo marcado por una tensión y una postura: “una actitud crítica a aceptar las reglas (los términos de identidad) establecidos por alguien (o por un grupo) que sin embargo me interesa y, de hecho, cuyos objetivos comparto y cuya aprobación y afecto también busco” (Scott, 2009b, p. 41)<sup>3</sup>. Como veremos, el interés por la historia de las mujeres se transformó prontamente en la

---

<sup>2</sup> Algunas feministas utilizaron esta denominación para dar cuenta de su propio relato sobre el pasado. Jugando con las posibilidades del inglés, opusieron la *her-story* (literalmente, la historia de ella) al androcentrismo de la *his-story* (la historia de él).

<sup>3</sup> La traducción es mía.

necesidad de reescribir la historia en clave feminista. Desde entonces, esa necesidad inauguró nuevas búsquedas y prefiguró de algún modo futuros itinerarios: “creo que una política feminista más radical (y una historia feminista más radical) requiere una epistemología más radical” (Scott, 2008, p. 22). Lo que en los años ochenta aparecía como el programa de una historia radical (Scott, 1993) ha adoptado en tiempos más recientes el nombre de “historia crítica” (Scott, 2009b; Scott, Kleinberg y Wilder, 2018). Feminismo crítico, postestructuralismo y psicoanálisis constituyen los pilares sobre los cuales se funda esta propuesta, como se intentará mostrar a lo largo del trabajo.

## Capítulo 1

### La necesidad del género

El primer libro de Scott, *The glassworkers of Carmaux: French craftsmen and political action in a nineteenth century city*, fue publicado en 1974. Se trataba de su tesis doctoral de 1969, un estudio sobre la politización de un grupo de artesanos vidrieros en una pequeña población de Francia. En términos de perspectiva teórica, la tesis había sido realizada aun en el marco de lo que se conoce como ‘historia social’, corriente predominante en la historiografía de los años sesenta y setenta y en cuya formación Scott diera sus primeros pasos como historiadora. El libro no se ocupaba principalmente de las mujeres. Sin embargo, por ese entonces, mediados de los años setenta, hacía ya un tiempo que el feminismo como movimiento político había logrado institucionalizar algunas de sus reivindicaciones. Desde la década anterior, las mujeres habían comenzado a apropiarse del legado de Simone de Beauvoir y a transformarlo en un programa no sólo político sino también teórico.

El movimiento feminista de los años sesenta, originado mayormente en los Estados Unidos y denominado a menudo como segunda ola del feminismo, estuvo básicamente marcado por la preocupación de hacer visible a la mujer en la sociedad y de tomar conciencia de su opresión. La necesidad de dar cuenta de esta opresión se trasladó, en buena medida, hacia el interior de las academias norteamericanas y algunas europeas a través de las demandas de estudiantes feministas. Ello dio lugar, por ejemplo, a la proliferación de los llamados Programas de Estudios sobre la Mujer. En diversos ámbitos, teóricas feministas, a su vez militantes, comenzaron a cuestionar no solo las desigualdades ligadas a la práctica profesional sino también los supuestos conceptuales y metodológicos de sus disciplinas. De este modo comenzó a gestarse algo que podría llamarse teoría feminista (Cangiano y Dubois, 1993). Parte de la agenda teórica incluía precisamente lo que se expresaba como la recuperación de un pasado propio. Así, y en articulación con algunas transformaciones ocurridas en la propia historiografía, durante los últimos años de la década empieza a configurarse como un incipiente campo disciplinar la historia de las mujeres, originariamente con el fin de vehicular la exigencia de cursos sobre mujeres del pasado que ofrecieran ejemplos para las estudiantes, o lo que algunas llamarán la “herstory”, es decir, la historia de ellas (Scott, 1992b, p. 40).

Aunque no sin resistencias, la historia de las mujeres se convirtió de manera paulatina en un área de creciente expansión y consolidación dentro de la historiografía, especialmente en Estados Unidos. Su propósito inicial, como dirá unos años después Joan Kelly-Gadol

(1992), era doble: restituir a las mujeres en la historia y devolver su historia a las mujeres. Quienes la practicaban se interesaron principalmente en recuperar como objeto de investigación la experiencia de aquellas que habían sido marginadas de los estudios históricos, no solo en su versión más tradicional de corte positivista, dominante hasta las primeras décadas del siglo XX, sino incluso en las corrientes renovadoras de la disciplina surgidas a partir de la escuela francesa de los Annales de los años treinta. Como argumenta la historiadora Mary Nash (1984) tanto en la historiografía tradicional como en la renovadora, la exclusión e invisibilización de las mujeres en los relatos sobre acontecimientos y procesos históricos derivaban precisamente de la definición misma que se había dado de la historia. Esa invisibilidad no se debía en última instancia “a una conspiración malvada de ciertos historiadores masculinos, sino al arraigo de una concepción androcéntrica de la historia. Ésta propició que la historia haya sido considerada desde la óptica masculina, dentro de un sistema de valores masculinos” (Nash, 1984, p. 17). Por fuera del propio interés de algunas mujeres, los supuestos androcéntricos dominantes en la historiografía más tradicional relegaban la historia de las mujeres a un lugar marginal, bajo el pretexto de que solo se ocupaban de cuestiones anecdóticas (Pita, 1998). Una de las preocupaciones iniciales fue entonces lograr legitimidad disciplinaria, lo cual resultaría finalmente problemático, como se verá luego.

De este modo, en un primer momento los esfuerzos por luchar contra la exclusión de las mujeres en la historia devinieron en intentos por recoger información sobre ellas y así volverlas visibles como sujetos históricos, es decir, en rescatar del olvido su presencia y participación. En verdad, dirá Scott, el problema de la invisibilidad no se debía tanto a la falta de información sobre las mujeres, sino a la idea de que tal información era irrelevante para los intereses de lo que se consideraba historia (Scott, 1992b). En buena medida, ese esfuerzo dio lugar a lo que algunas llamaron ‘historia contributiva’ (Nash, 1984), una historia concentrada cada vez más en la perspectiva de las mujeres. Si bien la historia contributiva comenzaba a desplazar el foco androcéntrico de la disciplina hacia la experiencia histórica femenina, terminó resultando insuficiente, pues se limitaba “al estudio de la opresión formal del sexo femenino y de las organizaciones que orientan la lucha en su contra” (Nash, 1984, p. 23), ignorando otras aportaciones y reforzando, en definitiva, su imagen como víctima que solo reacciona en función de su explotación.

Con todo, si bien es cierto que en relación a la historia y a sus protagonistas operaba una concepción androcéntrica, también debe señalarse que el surgimiento de la historia de las mujeres como campo disciplinario se vio en alguna medida favorecido por una corriente historiográfica de importante auge en aquellos años: la llamada historia social. Tanto en su



vertiente francesa renovadora de la escuela de Annales como en la inglesa del marxismo británico, la historia social pretendía construir una “historia desde abajo”, a partir de la cual se recuperaran las experiencias de sujetos oprimidos, tradicionalmente excluidos de la historiografía, como eran los trabajadores, campesinos, obreros, esclavos (Burke, 1993; Iggers, 1995). Este nuevo enfoque “pluralizaba” los objetos (intereses) de la investigación histórica, otorgando a aquellos grupos el rango de sujetos históricos. En este sentido, si por un lado la emergencia de la historia de las mujeres encontró en el impulso del movimiento feminista uno de sus principales factores de desarrollo, esto se conjugó por otro lado con la nueva impronta que la historia social le otorgaba a la disciplina historiográfica. La naturaleza de esa conjunción ha sugerido diversas valoraciones. Según algunas autoras, la historia social fue un aliado trascendental para el surgimiento de la historia de las mujeres y suponía un beneficio en un doble sentido: en términos del interés por conocer la condición social de las mujeres y otras manifestaciones de la experiencia colectiva de las mujeres en el pasado, dentro de la iniciativa de recuperar la memoria colectiva de sectores sociales hasta entonces no representados en los estudios históricos, pero también en cuanto a las ventajas que proporcionaba dentro del nivel metodológico y conceptual al desarrollar un marco teórico apropiado para el estudio de estos sectores marginados (Nash, 1984; Andújar, 2012). En particular, en la medida que ponía el foco en temas como la familia, la comunidad, o la economía, la historia social resultaba relevante al momento de proveer de información donde “hallar” a las mujeres (Scott, 1992b).

Sin embargo, la renovación historiográfica no implicaba necesariamente una recuperación de la importancia de la mujer como sujeto histórico, ni una explicación específica de su subordinación (Ramos Escandón, 1992). En este sentido, el encuentro de la historia de las mujeres con la historia social suponía una ambigüedad: por un lado contenía la promesa de recuperar la experiencia de la opresión de grupos históricamente relegados, pero por otro lado continuaba siendo, al menos en sus más importantes exponentes, profundamente androcéntrica, pues seguía concibiendo al sujeto de la historia como masculino o neutro, y resultaba así incapaz de cumplir con aquella promesa (Varikas, 1995). Seguramente por ello, Scott fue alejándose cada vez más de la perspectiva historiográfica en la que se había formado. En sus palabras, la estructura de la historia social tenía demasiadas dificultades para analizar la desigualdad de género (Scott, 2008). Varikas sostiene, empero, que la objeción de Scott a la historia social no tenía que ver solamente con su insensibilidad respecto a la cuestión del género sino con una divergencia mucho más profunda, vinculada al modo de entender el estatus y el objeto del conocimiento histórico. Por ello, continúa esta autora, la

crítica más importante de Scott a la historia social era que esta última presuponía la existencia de una íntima conexión causal entre posiciones estructurales e intereses sociales, y entre intereses sociales y formas de conciencia (Varikas, 1995, p. 95). Se profundizará sobre este punto en el próximo capítulo al considerar la crítica de Scott al concepto de experiencia.

Volviendo a la historia de las mujeres, hacia mediados de los años setenta comenzó a hacerse evidente que, aun cuando representaba un avance, la mera visibilización no lograba reescribir la historia en clave feminista, como reclamará luego Scott. La propuesta inicial de hacer visibles a las mujeres en la historia aportaba nueva información, pero no necesariamente una metodología, ni categorías de análisis propias o resignificadas a la luz de nuevos interrogantes (Scott, 1992b). Si durante largo tiempo la exclusión de las mujeres en los relatos historiográficos se había debido a una concepción androcéntrica de la historia, entonces su incorporación no podía llevarse a cabo bajo los presupuestos, categorías y metodologías que habían producido tal marginación. Era preciso modificar los marcos disciplinarios mismos. En ese sentido, cuando las historiadoras comenzaron a advertir estas limitaciones e insuficiencias la historia de las mujeres logró ganar en complejidad teórica gracias a los aportes de autoras como Gerda Lerner, Renate Bridenthal, Carrol Smith-Rosenberg y de las conferencias de Berkshire sobre la Historia de la mujer, celebradas hacia mediados de los años setenta. Hacia 1975 Smith-Rosenberg señalaba la aparición de una nueva historia de las mujeres, cuyas preocupaciones diferían “dramáticamente” de los modos anteriores de historizar la experiencia femenina. Para esta nueva historia el foco se desplazaba cada vez más hacia una de las más básicas formas de interacción humana, aquella que se da entre los sexos, entendiendo que la dinámica de las relaciones hombre-mujer es central para la comprensión de cualquier institución social (Smith-Rosenberg, 1975, p. 189).

En definitiva, se hizo cada vez más fuerte la idea de que la tarea para las historiadoras feministas no se reducía a realizar un simple añadido a la historia ‘universal’ o ‘general’; no se trataba, como diría Scott, de meramente incorporar a las mujeres a los estudios del pasado. En todo caso, esa incorporación seguía la lógica ambivalente del ‘suplemento’, tal como la entiende Derrida (Scott, 1993). Esto significa, afirma Scott, que la historia de las mujeres tuvo un efecto desestabilizador, una ambigüedad perturbadora, pues era “al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma” (Scott, 1993, p. 69). La incorporación de las mujeres en la historia develaba la parcialidad de los historiadores, y más aún, dejaba abierta al examen crítico la naturaleza misma de la historia en cuanto epistemología centrada en un sujeto: “las mujeres no pueden simplemente añadirse sin que se produzca un replanteamiento fundamental de los términos, pautas y supuestos de lo

que en el pasado se consideraba historia objetiva, neutral y universal, porque tal noción de historia incluía en su misma definición la exclusión de las mujeres” (Scott, 1996, p. 83).

De particular importancia en este mayor grado de conceptualización teórica adquirida por la historia de las mujeres fueron las contribuciones de Natalie Zemon Davis y Joan Kelly Gadol. En un conocido artículo de 1976, Zemon Davis señalaba las insuficiencias de una historia que considera a las mujeres aisladamente de los hombres, pues dice poco acerca del significado de los roles sexuales (*sex roles*) en la vida social y en el cambio histórico. En contrapartida, es necesario interesarse en la historia de hombres y mujeres, y no solo en el sexo sometido, del mismo modo que un historiador de la clase no se enfoca exclusivamente en los campesinos. Para la historiadora, el objetivo es atender al significado de los sexos, de los grupos de género (*gender groups*) en el pasado histórico; por lo tanto es necesario, continúa Zemon Davis, indagar el alcance de los roles sexuales y del simbolismo sexual en distintas sociedades y períodos, con el fin de encontrar el significado que han tenido y cómo han funcionado para mantener el orden social o para promover su cambio (Zemon Davis, 1976, p. 90).

Unos años más tarde, Kelly Gadol también destacaba la importancia teórica que había adquirido la historia de las mujeres, en términos de sus implicaciones para los estudios históricos en general. Fundamentalmente, había permitido revisar tres núcleos centrales de la reflexión histórica: la periodización, las categorías de análisis social y las teorías del cambio social. En relación al segundo punto, y en consonancia con Zemon Davis, Kelly Gadol considera la relación entre hombres y mujeres como una relación fundamentalmente social de los sexos: “las relaciones de los sexos, al igual que las de clase o raza, están constituidas más social que naturalmente y tienen un desarrollo propio que varía con los cambios en la organización social” (Kelly Gadol, 1992, p. 132). La relación entre los sexos es un aspecto fundamental en el análisis del orden social. En este sentido, subraya Gadol, la actividad, el poder y la evaluación cultural de la mujer no pueden analizarse sino comparándolos con los del hombre, y en relación a las instituciones que conforman el orden sexual (Kelly Gadol, 1992, p. 133).

Más allá de la ausencia de una articulación conceptual rigurosa en cuanto a la distinción entre sexo y género, tanto en Zemon Davis como en Kelly-Gadol aparece claramente la señalada conciencia de que la mera visibilización de las mujeres en el pasado era insuficiente. Se vislumbra en ambas lo que comúnmente suele denominarse como el tránsito o pasaje de la historia de las mujeres a la historia del género, entendido como un intento progresivo por articular de manera más rigurosa las categorías de análisis (Tuñón,

1990; Barrancos, 2008; Valobra, 2005; Andujar, 2012). En esta línea, Scott sintetiza el recorrido de la historia de las mujeres desde su surgimiento hasta comienzos de los años ochenta en los siguientes términos: “La tendencia [en relación a la historia de las mujeres], si realmente ha existido alguna, ha consistido en apartarse de la simple documentación sobre el protagonismo de las mujeres en favor de una preocupación por el género como categoría de análisis” (Scott, 1992b, p. 50). Efectivamente, este tránsito suponía correrse de enfoques más descriptivos o de la lógica de la mera visibilización. Como afirma Valeria Pita, la diferencia entre los estudios históricos de las mujeres y los de género era que “aquellos no generan en sí mismos la necesidad de realizar un reexamen crítico de las premisas de la producción histórica, hecho que efectivamente se produce al introducir la categoría de género en el análisis histórico” (Pita, 1998, p. 77).

En este contexto, en el año 1988, se publica *Gender and the politics of history*, una serie de ensayos y artículos escritos en el transcurso de los años ochenta, luego reeditados en una 1999 como versión revisada con la inclusión de un nuevo prefacio. Scott define estos escritos como los ensayos del Pembroke Center, en la Universidad de Brown, inspirados por las discusiones que allí tuvieron lugar durante los años en que fuera directora del centro, y a partir de las cuales debió, según relata, tomarse en serio la teoría posestructuralista y las implicaciones que esta teoría, así como la filosofía en general, tenían para su trabajo como historiadora. Fue en ese proceso, afirma, “que me planteé la mayoría de las cuestiones filosóficas más importantes y urgentes que he tenido que enfrentar como feminista que intenta escribir la historia de las mujeres; al mismo tiempo, tal proceso me llevó a emprender una crítica más profunda que la que antes había formulado sobre los presupuestos de mi disciplina” (Scott, 2008, p. 19). Instalada ya en un posicionamiento decididamente feminista, ausente de sus primeras producciones tal como ella misma reconocerá luego, los ensayos están animados por el intento de hacer la conexión entre género e historia y por ejemplificar precisamente un enfoque feminista no solo respecto de ambos términos sino también de su vínculo con la política.

Como bien se sabe, el segundo de los artículos del libro, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, es el más reconocido y citado de los textos de Scott. Referencia ineludible no solo para la historiografía de las mujeres sino también para quienes buscan reconstruir la propia genealogía del término, constituye una de las primeras elaboraciones teóricas y por lo tanto uno de los primeros intentos por dar al ‘género’ un contenido a partir del cual ponerlo a operar como categoría de análisis. Es cierto, por otro lado, que el artículo

de Scott condensa muchas de las discusiones previas que se remontan a la década anterior, tal como ella misma reconocerá años más tarde: “yo no fui el origen del concepto de género, ni siquiera entre las historiadoras, sino que mi texto fue un sitio donde convergieron varias líneas de pensamiento. Desde esta perspectiva, ‘Joan Scott’ no es una persona, sino una marca, una representante del esfuerzo colectivo del que yo (Joan Scott persona) sólo era una parte” (Scott, 2009a, p. 101).

En efecto, el género, como concepto cuya pretensión era desnaturalizar las diferencias entre los sexos, ya circulaba desde la década del setenta en los escritos de algunas autoras feministas pertenecientes a distintas disciplinas, como es el caso de Ann Oakley, Sherry Ortner, Gayle Rubin, entre otras. Incluso más allá de ellas, las condiciones de posibilidad para desligar los significados atribuidos a las mujeres y lo femenino de la biología ya habían sido desplegadas de algún modo por Simone de Beauvoir y Margaret Mead<sup>4</sup>. Ambas resultan antecedentes claves para las teóricas feministas de la década del setenta (Bogino Larrambeberé y Fernández-Rasines, 2017; Viveros Vigoya, 2004). Sin embargo, no es al feminismo a quien se debe la invención del concepto de género (Scott, Butler y Fassin, 2007). Ya unos años antes, el psicólogo y médico John Money y el psiquiatra Robert Stoller se sirvieron del género para dar cuenta de una dimensión no reductible a lo biológico. Money utiliza la expresión “roles de género” para distinguir a este último del sexo, y así poder solucionar las “dificultades” presentadas a partir de casos de intersexualidad; por otro lado, Stoller apela a la fórmula “identidad de género” en su investigación de la transexualidad, oponiendo el género a la sexualidad.

Esta “invención psi” del término, como la llama Eric Fassin (2008), está demasiado ligada aun a una perspectiva médica. En ese sentido, si bien permite desnaturalizar el sexo, el discurso “psi” heredado de Money y Stoller, en lugar de denunciar las convenciones, participaba de un trabajo médico de normalización (Fassin, 2008, p. 378). Cuando con posterioridad el feminismo se apropie del término, intentará mantener su pretensión de desnaturalizar pero modificando su lógica de normalización en favor de una operación crítica que dé cuenta de la subordinación de las mujeres. De todo modos, esta “ambigüedad fundacional” marcará los futuros recorridos del género, en función de la cual porta consigo una lógica potencialmente contradictoria entre sus dimensiones normativa y crítica (Fassin, 2008).

---

<sup>4</sup> Beauvoir no utiliza el término ‘género’; sí lo hace Mead, en la expresión ‘roles de género’.

Volviendo a Scott, ya en un artículo de 1983, incluido también en *Gender and the politics of history*, se anuncia el valor del género en tanto categoría analítica pues permite comprender las relaciones entre los sexos como un aspecto prioritario de la organización social, y ya no como derivadas de las presiones económicas o demográficas; por otro lado el género visibiliza el hecho de que los términos de identidad femenina y masculina están determinados culturalmente y no son enteramente producidos por los individuos o las colectividades; finalmente, señala que las diferencias entre los sexos constituyen estructuras sociales jerárquicas que a la vez son constituidas por estas (Scott, 2008). Un balance crítico de la historia de las mujeres, al menos bajo aquella forma inicial de la *herstory* reseñada anteriormente, mostraba según Scott algunas repercusiones importantes: refutaba la opinión según la cual las mujeres carecen de historia o no tuvieron un papel significativo en ella, modificaba algunos de los criterios de la significación histórica y demostraba que era necesario conceptualizar el sexo y el género en términos históricos (Scott, 2008, 39). Sin embargo corre algunos riesgos, de los cuales el más relevante sea probablemente que este enfoque tiende a aislar a las mujeres como un tema especial y separado de la historia. En definitiva, la historia de ellas (*herstory*) “admite que el género explica las diferentes historias de hombres y mujeres, pero no teoriza acerca de cómo el género opera históricamente” (Scott, 2008, p. 42).

La teorización aun ausente en la historia de las mujeres previa es la que Scott emprende en “El género: una categoría útil...” Las primeras páginas están dedicadas a realizar una consideración crítica de ciertos usos e intentos de teorización sobre el género, que le resultan a todas luces insuficientes. En general, sostiene Scott, los intentos de las historiadoras feministas por analizar el género se han visto limitados por tres posiciones teóricas. La primera de ellas representada por el esfuerzo feminista de explicar los orígenes del patriarcado y su vínculo con la subordinación de las mujeres. El problema con las teorías del patriarcado, según Scott, es que no muestran la relación entre la desigualdad del género y otras desigualdades. Pero además, al vincular la subordinación con una diferencia física, y transformar a esta en la variable fundamental, suponen “un significado consecuente o inherente para el cuerpo humano – fuera de toda construcción social o cultural – y por consiguiente, el carácter ahistórico del género en sí mismo” (Scott, 2008, p. 56).

La segunda posición teórica es la que se ubica en la tradición marxista, intentando conciliar esta tradición con las críticas feministas. Si bien este enfoque, en contrapartida con el anterior, gana en historicidad, todavía se encuentra demasiado atado, según Scott, a la necesidad de hallar una explicación “material” para el género, en el sentido de referirlo

causalmente a factores económicos o a los modos de producción. De este modo, dentro del marxismo, el género “ha sido tratado ampliamente como un producto accesorio en el cambio de las estructuras económicas; el género no ha gozado de un estatus analítico independiente, propio” (Scott, 2008, p. 58). Según Acha (2000) este distanciamiento de Scott del marxismo señala una desilusión frente a una teoría que nunca pudo superar un naturalismo de los cuerpos y por lo tanto anula la problematización de los géneros.

Una tercera posición teórica es la representada por la teoría psicoanalítica, con diferencias importantes según se trate de la escuela angloamericana, basada en las teorías de las relaciones objetales, o de la escuela francesa basada en las lecturas estructuralistas y posestructuralistas de Freud, pero principalmente, en el caso del feminismo, de Lacan. Sin poder adentrarme demasiado en lo que ambas escuelas proponen, lo cierto es que para Scott ninguna resulta del todo aprovechable para el análisis histórico. En el caso de la escuela angloamericana, porque limitan el género “a la familia y a la experiencia del hogar, y no deja la posibilidad de conectar tal concepto con otros sistemas sociales de economía, política o poder” (Scott, 2008, p. 60). En la lectura que hace Scott, la teoría de las relaciones objetales presta poca atención a los sistemas significativos que representan y articulan el género, sistemas que son sociales y a partir de los cuales se construye el sentido de la experiencia. En el caso de la teoría lacaniana, si bien rescata el acento puesto en el lenguaje y en el orden simbólico al momento de pensar la constitución subjetiva, Scott sospecha de “la fijación exclusiva en las preguntas acerca del sujeto individual, y la tendencia a reificar subjetivamente el antagonismo originado entre hombres y mujeres como la cuestión central del género” (Scott, 2008, p. 61). Por otro lado, si bien dentro del marco de esta teoría se admite que el sujeto está en un proceso de construcción constante, se “tiende a universalizar las categorías y relaciones de lo masculino y lo femenino. Para los historiadores es una lectura reductora de las pruebas del pasado” (Scott, 2008, p. 61). Este reduccionismo obtura la posibilidad de introducir en el análisis la especificidad y la variabilidad históricas.

Luego de señalar las limitaciones que las distintas posiciones teóricas han tenido al momento de conceptualizar el género, Scott desarrolla el aspecto propositivo del artículo, en unas pocas líneas que se transformarían luego en las más citadas de su obra. Aquí Scott ofrece una definición de ‘género’ conformada, según sostiene, por dos partes integralmente conectadas: por un lado, el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos; por otro, es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder (Scott, 2008, p. 65). En tanto constitutivo de las relaciones sociales, el género implica a su vez cuatro elementos interrelacionados (Scott, 2008, pp. 66-

67). En primer lugar, *símbolos* culturalmente disponibles que evocan múltiples representaciones, las cuales pueden llegar a ser incluso contradictorias. En segundo lugar, *conceptos normativos* que imponen interpretaciones sobre los significados de aquellos símbolos, y por ello mismo, restringen y limitan sus posibilidades metafóricas. Ejemplos de estos conceptos serían las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas. En ellos se refuerzan las oposiciones binarias, haciéndolas aparecer como fijas, y afirmando categóricamente los sentidos de hombre y mujer, de lo masculino y lo femenino, al tiempo que ocultan no solo interpretaciones alternativas sino también el conflicto del cual emergieron. El tercer elemento de las relaciones de género estaría constituido por las *instituciones y formas de organización social*. Aquí Scott cuestiona aquellas perspectivas que restringen el uso del género solamente a la consideración del parentesco, y por lo tanto a la organización familiar y el hogar, como únicas instituciones a tener en cuenta. Es cierto, señala, que el género se construye a través del parentesco pero no exclusivamente a través de este. Por tanto es preciso incluir además el mercado de trabajo, la educación y los regímenes gubernamentales, y atender a las complejas relaciones entre todas ellas. Por último, como cuarto elemento, aparece la *identidad subjetiva*. En este punto, si bien rescata los aportes del psicoanálisis en relación a la construcción subjetiva de la identidad de género, especialmente en la versión de Lacan, Scott formula ciertos reparos a su alcance explicativo, pues si la identidad de género se basara única y universalmente en el miedo a la castración, la propia investigación histórica quedaría negada (Scott, 2008, p. 67).

Todos estos elementos, interrelacionados, parecieran especificar en todo caso una suerte de agenda para la investigación histórica y por lo tanto enfatizan la legitimidad del género como categoría analítica, indicando dónde indagar por sus múltiples efectos sobre la vida social y cuestionando la apariencia de permanencia intemporal de su representación binaria. Ahora bien, la segunda parte de la definición, según la cual el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder, supone para Scott un grado mayor de profundización teórica. Ya no se trata solamente de echar luz sobre los aspectos en los cuales identificar los efectos del género, sino de concebir a este último como “un campo primario dentro del cual, o por medio del cual, se articula el poder. El género no es el único campo, pero parece que ha sido una forma persistente y recurrente que ha hecho posible la significación del poder en occidente, en la tradición judeocristiana y en la islámica” (Scott, 2008, p. 68). En tanto manera fundamental de significar poder el género es entonces constitutivo de las relaciones sociales mismas.



La conexión antes mencionada entre género, historia y política se revela entonces para Scott al definir el género como conocimiento de la diferencia sexual (Scott, 2008, p. 20), donde ‘conocimiento’ se entiende, nuevamente en términos foucaultianos, no como algo que refleja diferencias físicas, naturales y estables entre hombres y mujeres sino como aquello que produce los significados acerca de esas diferencias. La diferencia sexual se inscribe, antes que en el terreno de lo dado, de lo biológico o de los atributos inherentes, en el orden de los múltiples y contradictorios significados a partir de los cuales emerge; ya no en el registro de lo estable, sino en el de lo históricamente variable: “porque no hay nada de lo que se refiere al cuerpo, incluyendo los órganos reproductivos de las mujeres, que determine unilateralmente cómo deben forjarse las divisiones sociales” (Scott, 2008, p. 20).

Ahora bien, si el género es el conocimiento sobre la diferencia sexual, entonces la historia debe ser caracterizada como un elemento participativo en la producción del conocimiento que legitima la exclusión o la subordinación de las mujeres. La crítica a la historia por lo tanto no puede reducirse a impugnar el “olvido” de las mujeres, a denunciarla como un mero registro incompleto del pasado, sino que debe señalar su papel activo y productivo en ese conocimiento y, en consecuencia, en esa exclusión. El punto de partida de Scott es que “las representaciones de la historia del pasado ayudan a construir el género en el presente. Si queremos analizar como ocurre esto, debemos prestar mucha atención a los supuestos, las prácticas y la retórica de la disciplina” (Scott, 2008, p. 20). Una reescritura feminista de la historia requiere entonces una especial atención al modo en que, muchas veces de manera silenciosa, oculta o sutil, actúan las operaciones del género, pero al mismo tiempo requiere también enfrentarse críticamente a “la política de las historias existentes”.

Muchos años después Scott dirá que no pretendió, con el luego famoso artículo de 1986, definir un tratado programático ni metodológico, sino realizar una invitación a pensar críticamente acerca del modo en que se producen, utilizan y cambian los significados de los cuerpos sexuados (Scott, 2009a). Su aporte cristalizaba, quizás con mayor complejidad conceptual y sistematicidad, el esfuerzo de las teóricas feministas comenzado en la década anterior por separar la biología de la cultura. La potencia política del género estribaba precisamente en su efecto desestabilizador. Junto a ello, el valor analítico residía en la posibilidad de interrogarse acerca de las condiciones en que se definieron los diferentes roles y funciones para cada sexo; sobre cómo variaron históricamente los significados de ‘hombre’ y ‘mujer’; de preguntarse por el modo en que se crean e imponen las normas reguladoras de la

conducta sexual y por cómo se forjaron las identidades sexuales desde el interior y contra las prescripciones sociales (Scott, 2008, p. 14).

Sin embargo, el esfuerzo de Scott por otorgarle densidad teórica al género fue tan importante como el que realizará en las décadas posteriores por mantener su carácter crítico ante los peligros de un uso trivializado (Scott, 2008; 2009a; 2011a). Apenas poco más de diez años después de la primera publicación de *Gender and the politics of history*, en el prefacio a la edición revisada de 1999, Scott ya advertía acerca del modo en que el género había perdido su capacidad de provocar y desestabilizar: “en los Estados Unidos se ha convertido en una ‘referencia común’, presentada de forma rutinaria como sinónimo de mujeres, de las diferencias entre los sexos, del sexo. Algunas veces denota los roles sociales que se han impuesto a hombres y mujeres, pero raramente se refiere al conocimiento que organiza nuestras percepciones de la ‘naturaleza’” (Scott, 2008, p. 15). Como apunta Fassin (Scott, et al., 2007b) en lugar del programa prometedor de diez años antes, el nuevo prefacio sugería un tono de reevaluación, por otro lado no demasiado alentador. Si bien, afirma allí Scott, durante los años 80 y principalmente los 90 comienzan a proliferar los estudios que hacen uso del género como categoría de análisis, estos se volvieron indagaciones predecibles sobre las mujeres o sobre las diferencias de estatus, experiencia y posibilidades que se ofrecen a las mujeres y a los hombres. Por fuera de eso, sin embargo, “tales estudios raras veces analizan cómo se han fijado los significados de ‘mujeres’ y ‘hombres’ en el discurso, cuáles son las contradicciones inherentes a ellos, cuál es el término que resulta excluido, que variantes de la ‘feminidad’, vivenciadas subjetivamente, han sido evidentes en diversos ‘regímenes de verdad’” (Scott, 2008, p. 15).

Es cierto, además, que el contexto había cambiado. Al menos en algunos lugares, como Estados Unidos, el género había ganado en visibilidad y circulación, incluso más allá de los círculos feministas, hasta lograr permear instituciones y organismos internacionales. De hecho, el prefacio comienza aludiendo a las polémicas que el término había generado en la Cuarta Conferencia Mundial sobre las mujeres celebrada en 1995 en Beijing, China<sup>5</sup>. A propósito de esta circulación, lo inquietante para Scott era que la difusión del término había socavado su eficacia crítica, transformando el género en una metodología familiar en lugar de tomarlo primeramente como una forma de cuestionar. Esto es en parte cierto. Sin embargo, las derivas del género posteriores al artículo de Scott de 1986 incluían por otro lado, además de la amplia difusión del término e incluso en ocasiones de su utilización trivializada, la

---

<sup>5</sup> En relación con el surgimiento del género como variable indispensable para los proyectos internacionales ONU.

reformulación propuesta por Judith Butler en el libro *Gender trouble* de 1990. La conceptualización del género aparecida allí estaba bien lejos de los usos más banalizados o acríticos cuestionados por Scott. Como es sabido, la propuesta teórica de Butler tuvo un fuerte impacto no solo dentro del ámbito académico sino también en el movimiento político del feminismo y de las disidencias sexuales.

Además de los objetivos políticos compartidos, los intercambios teóricos e influencias recíprocas entre Scott y Butler han sido reconocidos por ambas. Los textos de Scott en los que vuelve sobre el género con posterioridad a la publicación de *Gender trouble* sin duda han acusado recibo de la formulación butleriana. Por otro lado, con ocasión de una mesa redonda en el año 2007, Butler ha señalado que el trabajo de Scott había sido crucial para todas las tentativas de elaboración de un fundamento intelectual de los estudios de género, mostrando en qué medida el género implicaba una lectura crítica en relación a cómo es producida la diferencia, y a qué es lo que ella produce. Asimismo, agrega, esta dimensión productiva había comenzado a liberar al género de su dependencia de los cuerpos (Scott et al., 2007b). Sin embargo, Butler encuentra algunos riesgos en la ideas de “diferencia sexual” o “diferencias percibidas entre los sexos”, pues parecieran reenviar a cierta lógica binaria en la diferencia de los sexos, estableciendo lo masculino y lo femenino como puntos de referencia invariables y necesarios para el análisis social. En contrapartida, señala la filósofa norteamericana, el género no implica un compromiso tal con el binarismo y la comprensión dimórfica de los cuerpos, y en ese sentido mantiene la posibilidad de que ciertas configuraciones de la sexualidad o del género puedan escapar de aquella matriz conceptual para la cual lo masculino y lo femenino son algo fijo y presupuesto (Scott et al., 2007b, p. 297).

La respuesta de Scott permite seguir profundizando su perspectiva conceptual. En su opinión, no es del todo correcto sostener que el género escapa necesariamente de la lógica binaria, pues en muchos usos normativos del término aun supone una referencia fija a cuerpos ya biológicamente sexuados. Por otro lado, agrega, no se puede simplemente negar la existencia de la diferencia sexual sino que es preciso deconstruir sus operaciones. Utilizar el término “diferencia sexual” no significa aceptar la idea de que masculino y femenino son términos naturales, fijos o eternos, sino problematizar, afirma Scott, las realidades psíquicas dominantes en las cuales hemos sido constituidos. En definitiva, ni género ni diferencia sexual son categorías puras política o teóricamente hablando. Del mismo modo que el género puede ser reducido al dimorfismo, como de hecho pareciera suceder a menudo, también la diferencia sexual puede ser pluralizada (Scott et al., 2007, pp. 299-300).

Más allá de esta discusión y del desencanto con algunos usos del término, eso no significa sin embargo que el género no pueda seguir funcionando como una herramienta crítica. En varios artículos Scott abogará por su utilidad siempre y cuando se interprete como un cuestionamiento acerca del modo en que es concebida la diferencia sexual (Scott, 2008, 2009a, 2011a, Scott et al. 2007b). En este sentido, su potencia depende de la posibilidad de exceder una lógica descriptiva y de considerarlo en cambio como una invitación a pensar críticamente no solo en los roles asignados a mujeres y hombres sino, y por sobre todo, en la construcción de la diferencia sexual en sí (Scott, 2011a). El análisis reenvía entonces hacia el modo en que las diferencias trabajan para establecer relaciones sociales y relaciones de poder normativas. (Scott et al., 2007b, p. 286). Scott sostiene que no pretendió dar una definición acabada del género sino plantearlo como una pregunta abierta. En cualquier caso, es indudable que su trabajo a lo largo de años representa uno de los modos más significativos en que esa pregunta puede ser realizada. Su aporte estriba no solo en haberle otorgado densidad conceptual a la necesidad del género, sino en haber mantenido, con igual vehemencia, un alerta constante sobre su necesario carácter crítico.

## Capítulo 2

### La crítica de la experiencia

Así como la irrupción del feminismo en la academia supuso un giro en los intereses de sus investigaciones, Scott ha manifestado en reiteradas ocasiones las repercusiones profundas que para ella tuvo el encuentro con la filosofía, y en especial cómo ese encuentro modificó sustancialmente no sólo su forma de pensar la historia sino también su abordaje de las cuestiones centrales de la teoría feminista. Esa influencia está ligada a lo que se conoce como postestructuralismo y, en el caso específico de la historiadora norteamericana, al modo en que hacia fines de los años setenta y comienzos de los ochenta comienzan a circular en las universidades norteamericanas algunas ideas centrales de Michel Foucault y Jacques Derrida. Como se dijo en el capítulo anterior, es en la lectura y discusión de estos autores con otras colegas, durante su estadía en la universidad de Brown, en donde Scott cree hallar las herramientas teóricas fundamentales para la construcción de una historia feminista crítica.

Dado que la propia Scott se inscribe en esta perspectiva, asumiendo en ocasiones su explícita defensa, es preciso hacer algunas especificaciones introductorias para dar cuenta de qué se entiende habitualmente por “postestructuralismo”. Por esos años, y en buena medida aun hoy, el término era utilizado para identificar a un conjunto heterogéneo de pensadores en su mayor parte franceses, provenientes de disciplinas también diversas, muchos de los cuales no sólo no se consideraban a sí mismos bajo esa denominación sino que incluso llegarían a rechazarla. Una designación en algún punto extrínseca que incluía principalmente, además de Derrida y Foucault, a Jacques Lacan, Gilles Deleuze, Roland Barthes, Julia Kristeva, e incluso Louis Althusser, dependiendo, como suele suceder, de quien realice la categorización (Cusset, 2003; Culler: 1998; Giddens, 1990). Como se ve, el término estaba muy ligado al modo en que la llamada “french theory” había sido recibida en los ámbitos académicos norteamericanos desde mediados de los años 60 (Cusset, 2003). En este sentido, aun cuando ‘postestructuralismo’ fue una etiqueta que comenzó a circular hacia inicios de la década posterior, muchos ubican como momento “fundacional” la conferencia ofrecida por Derrida en 1966<sup>6</sup> durante un coloquio organizado en la universidad Jhon Hopkins y al que fueron invitados importantes representantes del pensamiento francés de la época como Jacques Lacan, Claude Levi Strauss, Roland Barthes, Tzvetan Todorov, Lucien Goldman, etc. Si bien

---

<sup>6</sup> La conferencia se tituló: “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas” y sería luego recopilada en el libro de Derrida *La escritura y la diferencia*. Junto a esta conferencia de Derrida, Sazbon (2007) coloca como texto “fundante” del postestructuralismo el capítulo final de *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault.

el objetivo del coloquio era introducir el estructuralismo en los debates académicos americanos, la conferencia de Derrida marcaba un incipiente distanciamiento, y crítica, de las premisas estructuralistas (Cusset, 2003).

Se ha escrito mucho respecto de la pertinencia y también la vaguedad del término “postestructuralismo”, así como su relación con lo que parece ser su antecedente inmediato, esto es, el estructuralismo. El hecho de que muchos de los mencionados bajo aquel rotulo hayan sido a su vez considerados en algún momento como estructuralistas, no contribuye demasiado a una clara delimitación (Culler, 1998; Sazbon, 2007, Balibar, 2007). En ese sentido, afirma Culler, los cuestionamientos postestructuralistas a conceptos como el signo, la representación y el sujeto de algún modo ya estaban en camino en los escritos de los estructuralistas de los años sesenta. Por lo tanto, aventurar una esquematización demasiado rígida y taxativa sobre la distinción entre ambos puede en algunas ocasiones generar más dificultades de las que pretende resolver (Culler; 1998, pp. 26-30). Giddens, por su parte, señala una serie de características distintivas y persistentes del estructuralismo y del postestructuralismo, más allá de sus distintas formas de abordarlas. Entre esas características destacan la importancia del lenguaje y la lingüística para la filosofía y la ciencia social en su conjunto; la insistencia en la naturaleza relacional de las totalidades, unida a la tesis sobre el carácter arbitrario del signo y al énfasis en la primacía del significante sobre el significado; el descentramiento del sujeto y por último la preocupación por la naturaleza de la escritura y en consecuencia por los materiales textuales (Giddens, 1990).

En sintonía con lo anterior, Balibar sostiene que en algún punto el postestructuralismo es un movimiento inherente al propio estructuralismo, aunque, añade, teñido de un profundo “nietzscheanismo”, algo que también suscribe Sazbón (Balibar, 2007, p. 169; Sazbón, 2007, p. 51). En este sentido, si hay alguna temática que ligue autores tan diversos es el de una crítica de la norma y de la normativa, con el fin de efectuar “una trasmutación de valores cuya condición previa es el reconocimiento de su disimulación en esencias, fundamentos y hechos” (Balibar, 2007, p. 169). Por eso, más allá de las relaciones entre estructuralismo y postestructuralismo, de los límites no siempre tan claros entre uno y otro y de cierta agenda teórica compartida, es indudable que filósofos como Foucault y Derrida, por tomar los principales referentes de Scott, representan en un momento determinado un alejamiento decisivo respecto de las premisas fundamentales del estructuralismo. En particular, afirma Sazbón, comparten el rechazo al intento estructuralista de una recomposición racional de las ciencias humanas, por hallarse viciadas “por su dependencia de la representación, de la figura

del hombre, de la metafísica del origen, de la clausura del juego de la diferencia” (Sazbón, 2007, p. 51).

Desde una perspectiva feminista, Chris Weedon (2000) describe esta ruptura sosteniendo que los llamados postestructuralistas toman como punto de referencia la lingüística estructural de Saussure pero transformando su teoría del significado y los supuestos sobre la subjetividad que allí se encontraban, desafiando de este modo las ideas de conocimiento, subjetividad y poder del pensamiento occidental, aun cuando no todos los autores estuvieran preocupados por todas ellas. El postestructuralismo, continua Weedon, cuestiona la idea de que el significado sea un reflejo transparente del mundo, enfatizando por otro lado la idea de que el lenguaje construye el significado y que es el efecto de un sistema de diferencias. Yendo aún más allá que Saussure, insisten en que el significado de un significante particular no se encuentra fijado en el signo sino que es plural y cambiante, gobernado por lo que Derrida llamará *Différance*.

En el caso específico de la historiografía, el postestructuralismo está muy vinculado a lo que suele denominarse como giro lingüístico, es decir a la cada vez mayor atención concedida al lenguaje, con independencia del debate de cuál fuera el modelo de lenguaje que había dado lugar a tal giro en la filosofía y en las ciencias humanas en general (Jay, 2009, p. 285). Según Kathleen Canning en el campo de la historia el giro lingüístico implicaba poner el acento en el análisis histórico de la ‘representación’, en lugar de perseguir una ‘realidad’ discernible y recuperable. Antes que meramente reflejar una realidad o contexto histórico determinado, el lenguaje es visto desde esta perspectiva como constituyendo los eventos históricos. De todos modos, el término “giro lingüístico” pronto se convirtió en una generalización para distintas críticas de las cronologías, las narrativas y los paradigmas históricos establecidos, abarcando no solo los aportes de la filosofía, la teoría lingüística y el criticismo literario postestructuralista sino también la antropología cultural y simbólica, el nuevo historicismo y la historia del género (Canning, 1994, 369, p. 370).

Cuando desde estas consideraciones iniciales, ofrecidas a modo de marco intelectual, volvemos a los textos de Scott, es fácil advertir hasta qué punto la influencia del postestructuralismo ya estaba presente en el artículo que la colocó en el centro de la teoría feminista de los años ochenta. Para que el ‘género’ se transformara efectivamente en una categoría analítica, señalaba la historiadora, era necesario poner el énfasis en la forma por la cual se construyen jerarquías como las atribuidas a la diferencia sexual, y por lo tanto desplazarse del ámbito de la conciencia o la ideología (y podríamos agregar de las

determinaciones puramente materiales) hacia el de los discursos y la retórica (Scott, 2008, p. 23). Era necesario entonces ubicarse en el plano de los significados y prestar atención a sistemas significativos entendidos como formas “en que las sociedades representan el género y lo utilizan para articular los roles de las relaciones sociales, o para construir el sentido de la experiencia. Sin este sentido no hay experiencia: sin los procesos de significación no hay sentido”<sup>7</sup> (Scott, 2008, p. 60).

Con el correr de los años la atención puesta sobre el significado y el papel constitutivo del lenguaje se acentuará cada vez más, tal como se puede observar en el ensayo “Sobre lenguaje, género e historia de la clase obrera”, también compilado en *Gender and the politics of history*. Allí Scott señalaba su creciente interés, compartido con otras teóricas del feminismo, por el valor epistemológico de las teorías del lenguaje contenidas en los autores llamados postestructuralistas, pues ofrecen una forma de pensar sobre la manera en que se construye el significado, “sobre cómo la diferencia (y por consiguiente la diferencia sexual) opera en la construcción del significado, y sobre cómo la complejidad de los usos contextuales abre el camino a nuevos cambios en el campo del significado” (Scott, 2008, p. 77). En este sentido, enfatiza, lo que llama teoría postestructuralista contiene una ‘promesa radical’.

El artículo se enmarca en la disputa por el valor explicativo del género frente al concepto de clase dentro del ámbito de la historia del trabajo, y tiene un tono muy crítico respecto de ese campo en general y en particular de uno de sus principales referentes, el historiador británico Gareth Stedman Jones. Brevemente, Scott reclama a los historiadores del trabajo una recepción poco entusiasta a las teorizaciones sobre el género, y el relegamiento de su valor ante la idea de clase. En buena medida, argumenta, el relegamiento se debe a una conceptualización demasiado estrecha del lenguaje y del significado. En el caso de Stedman Jones y su ensayo sobre el cartismo, Scott reconoce un intento por escapar del determinismo económico reduccionista y de la causalidad meramente económica, al poner el foco en el lenguaje de la lucha política. Sin embargo, le reprocha realizar un uso conservador de las teorías del lenguaje. Y ello básicamente por dos motivos: por un lado, porque hace una lectura literal del término ‘lenguaje’, reduciéndolo a meras palabras y perdiendo por lo tanto la perspectiva de cómo se construyen los textos y los significados; y por otro lado, porque se

---

<sup>7</sup> La traducción al castellano omite una breve aclaración de Scott: “which is not to say that language is everything, but a theory that does not take it into account misses the powerfull role that symbols, metaphors and concepts play in the definition of human personality and human history” (p. 1063). Con esta omisión se oculta el hecho de que Scott ya advierte, y por lo tanto intentará evitar, la acusación de caer en un mero determinismo lingüístico.



inclina por una idea de lenguaje que refleja una realidad externa a sí mismo, en lugar de entenderlo como un elemento constitutivo de esa realidad (Scott, 2008, p. 82). Así, frente a quienes pretender reducir el lenguaje a una cuestión de meras palabras o vocabulario, circunscribiéndolo a su uso literal, Scott propone entenderlo fundamentalmente como la creación del significado a través de la diferenciación.

Es cierto, como ella misma aclara, que los posestructuralistas no han sido los primeros ni los únicos en ocuparse del significado. Pero sí han ofrecido una forma distinta de estudiarlo. Al presentarlo como algo variable e inestable han insistido en la naturaleza política de su construcción, llamando así la atención “hacia los complejos procesos que establecen los significados, hacia las formas en que tales conceptos, como los de género, adquieren la apariencia de algo fijo, hacia los desafíos planteados por las definiciones normativo-sociales” (Scott, 2008, p. 23). Al contrario de lo que muchas teóricas feministas criticarán, Scott declara que de este modo el postestructuralismo dirige la mirada hacia la política.

En sus propias palabras, el postestructuralismo no sólo permitía conceptualizar de un modo más adecuado al género y al mismo tiempo reconceptualizar la práctica de la historia, sino que también podía dar cabida en términos generales a los requerimientos de la agenda feminista. El feminismo, sostenía, necesitaba teoría para analizar el funcionamiento del patriarcado en todas sus manifestaciones; para pensar en términos de pluralidades y diversidades; para tirar por tierra los esquemas conceptuales de las tradiciones filosóficas que construyeron el mundo de manera jerárquica, en términos de universales masculinos; para pensar de manera alternativa sobre el género, sin reproducir esas mismas jerarquías; para, finalmente, convertir a la propia teoría en algo útil y relevante para la práctica política (Scott, 1992a, p. 87). Y para todo ello, concluye Scott, el postestructuralismo ofrece una valiosa serie de herramientas conceptuales. Como veremos luego, la utilidad para la práctica política ha sido el punto más discutido en relación a la relevancia del posestructuralismo para el feminismo.

Como fuere, junto a la noción foucaultiana del poder que permitía repensar los vínculos entre política y género, otorgándole mayor densidad teórica a la definición de este último, Scott sostiene que los aportes principales de la teoría posestructuralista para el feminismo giran fundamentalmente en torno a las ideas de discurso, genealogía, diferencia y deconstrucción (Scott, 1992a; 2007a). La noción de discurso es aquí central, pues condensa el modo en que Scott entiende el lenguaje. La referencia teórica es nuevamente Foucault. Siguiendo al filósofo francés, Scott sostiene que es preciso entender el discurso no como mero texto o conjunto de palabras, sino como una “estructura histórica, social e institucionalmente

específica de enunciados, categorías y creencias” (Scott, 1992a, p. 90). De esta manera, los discursos representan “formas totales de pensamiento, de comprensión de cómo opera el mundo y de cuál es el lugar que uno tiene en él” (Scott, 1989, p. 128), y por lo tanto son formas de organizar los modos de vida, las instituciones y las sociedades, y asimismo de materializar y justificar las desigualdades. Los discursos constituyen “terrenos de fuerzas” en los cuales los significados se elaboran a partir del poder y el conflicto. Mediante esta noción de discurso, Scott pretende romper con la oposición entre concepto y práctica, palabras y cosas, lenguaje y realidad, y así escapar de toda acusación de idealismo lingüístico.

Por otro lado, la genealogía representa para Scott uno de los mayores logros de Foucault, pues permite teorizar y poner en operación la idea de una historia crítica, demostrando en estudios específicos sobre la razón, las disciplinas y la sexualidad cómo esto podía llevarse a cabo (Scott, 2007a). El objetivo de Foucault, según Scott, era escribir una historia que sirviera para mostrar como ‘lo que es’ no siempre ha sido, y por lo tanto, cómo las cosas podrían ser de otro modo. De este modo, cuando toda idea dada por sentada o todo hecho establecido es entendido como una interpretación de la realidad antes que como la realidad en sí misma, su historia puede ser escrita especificando sus operaciones y haciendo resurgir las alternativas olvidadas (Scott, 2007a, p. 28). El trabajo de Foucault, continua Scott, está basado en la premisa de que la relación entre las palabras y las cosas no es de mero reflejo sino interactiva, mudable y establecida diferencialmente. Por lo tanto quien estudia el pasado necesita probar esa relación antes que asumirla como algo transparente. Y he aquí la invitación a pensar críticamente (Scott, 2007a, p. 31).

Los otros dos conceptos fundamentales tomados de la perspectiva postestructuralista, a partir de los cuales Scott articula sus inquietudes teóricas, son los de ‘diferencia’ y ‘deconstrucción’. En este caso, la referencia principal es Derrida. Para el autor ambos términos están estrechamente relacionados. El concepto de diferencia, señala Scott recuperando al filósofo francés, se relaciona con la idea de que el significado es construido a través del contraste y que por lo tanto toda definición positiva se realiza a partir de la negación o represión de algo presentado como antitético. De este modo, “cualquier concepto unitario contiene de hecho material reprimido o negado y es establecido en oposición explícita a otro término” (Scott, 1992a, p. 81). Esto revela que los términos que se presentan como opuestos son en verdad interdependientes. Sin embargo, diría Derrida, la interdependencia es jerárquica, por lo cual un término aparece como dominante o primario mientras que el otro se comprende como subordinado o secundario. Lo interesante es que más allá de esta apariencia los términos que se presentan como dominantes o primarios dependen y derivan su

significado de los segundos. Según Derrida, ello puede ser útil para abordar todas las oposiciones binarias en que se funda el pensamiento occidental (Scott, 1992a). Este modo de pensar la diferencia tuvo una entusiasta recepción en al menos una parte considerable de la teoría feminista.

Por otro lado, la deconstrucción refiere al análisis de los procesos por los cuales se construye el significado de esas oposiciones, revelando su carácter no natural, variable. De modo que “deconstruir implica analizar las operaciones de la diferencia en los textos y las formas en que se hace trabajar a los significados” (Scott, 1992a, p. 93). La deconstrucción supone un modo de abordar, y más aún desmontar, las operaciones de la diferencia. En este punto, Scott se apoya también en los seguidores derrideanos provenientes del ámbito de la crítica literaria, particularmente Barbara Johnson, quien define la deconstrucción como “un intento por seguir los efectos sutiles y poderosos de la diferencia en acción dentro de la ilusión de una oposición binaria” (Scott, 1992a, p. 93). En relación a la historia, por tanto, la perspectiva epistemológica de la deconstrucción “permite realizar el tipo de evaluación crítica de la disciplina que las historiadoras feministas necesitan para conseguir su objetivo de constituir a las mujeres en sujetos históricos” (Scott, 2008, p. 28). En conclusión, considerados según las formas antes descritas, los conceptos de discurso, genealogía, diferencia y deconstrucción constituyen los ejes fundamentales a partir de los cuales se articula la perspectiva postestructuralista de Scott.

Si ya estaba presente en la teorización sobre el género, este posicionamiento teórico de Scott aparecerá profundizado posteriormente en su elaborada y exhaustiva crítica de la noción de “experiencia”. Los argumentos principales de la crítica aparecieron en un artículo de 1991, “The evidence of experience”<sup>8</sup>, cuya publicación suscitó fuertes polémicas no solo hacia el interior del campo historiográfico sino también de la teoría feminista. En efecto, desde los años sesenta ‘experiencia’ había sido un concepto central en el campo de la historia social, en el cual Scott se había formado, particularmente en las historias de grupos oprimidos o invisibilizados (Canning, 1994, p. 374). Por otro lado, como señala Ana María Bach, la noción de experiencia ha sido central para el feminismo, pues “de ella se parte y a ella se procura reivindicar a través de un esfuerzo permanente, teniendo en cuenta que las voces de las mujeres no solo no había sido escuchadas sino que se las ha desconocido” (Bach, 2010, p. 19). Esto había sido clave por ejemplo, como vimos en el capítulo anterior, en los orígenes de

---

<sup>8</sup> Aclaración sobre la versión utilizada. La traducción “Experiencia” traduce “Experience”, un capítulo del libro con Butler, *Feminists theorize political*.

la historia de las mujeres, tal como lo habían demostrado las demandas iniciales del feminismo de recuperar precisamente la experiencia de las mujeres en el pasado. De nuevo, como a lo largo de prácticamente toda su obra, Scott batallaba tanto en el frente historiográfico como en el de la teoría feminista (y en las intersecciones de ambos).

Asimismo, más allá de la intención en gran parte política de recuperar lo que había sido históricamente ignorado, la apelación de la teoría feminista a la experiencia no pudo eludir la complejidad conceptual de un término con una densa carga de significados, sedimentados a lo largo de siglos de historia de la filosofía, y en ocasiones contrapuestos o al menos discordantes (Jay, 2009). De este modo, al interior de la propia teoría pronto se reprodujeron las discusiones respecto de qué se entiende por experiencia. Y en un movimiento similar al ocurrido respecto del género, también la categoría de experiencia fue puesta bajo la lupa de la crítica al tiempo que demandaba precisiones conceptuales.

Scott no fue la primera, en el marco de la teoría feminista, en realizar una revisión del concepto de experiencia. Dentro de las aproximaciones críticas al tema se puede mencionar como un antecedente de Scott el trabajo de Teresa De Lauretis. También desde una perspectiva postestructuralista, De Lauretis representa uno de los primeros intentos dentro de la teoría feminista por darle densidad teórica al término, proyecto que se explicita en *Semiótica y experiencia*, un conocido ensayo publicado en 1984. Allí la autora comienza señalando que el concepto de experiencia tiene una importancia crucial en la medida que condensa los grandes temas del feminismo, es decir, la subjetividad, la sexualidad, el cuerpo y la actividad política feminista. En términos más específicos, permite dar cuenta del modo en que se crea el sujeto femenino y de allí la relevancia, y la urgencia, de su elaboración teórica: “la dificultad real, pero también el proyecto más audaz, más original de la teoría feminista sigue siendo precisamente ese: cómo dar forma teórica a esa experiencia, que es a la vez social y personal, y cómo construir al sujeto femenino a partir de esa rabia intelectual y política” (De Lauretis, 1992, p. 264). Más allá de los sentidos habituales, De Lauretis propone concebir a la experiencia como el proceso por el cual se construye la subjetividad de todos los seres sociales: “a través de este proceso uno se coloca a sí mismo o se ve colocado en la realidad social, y con ello percibe y aprehende como algo subjetivo (referido a uno mismo u originado en él) esas relaciones – materiales, económicas e interpersonales – que son de hecho sociales, y en una perspectiva más amplia, históricas” (De Lauretis, 1992, p. 253). En la medida que ese proceso es continuo, la subjetividad entonces no puede sino considerarse como una construcción sin término.

Para dar cuenta de este proceso, De Lauretis hace uso de la teoría semiótica y del psicoanálisis, entrelazando los aspectos subjetivos y sociales de la producción del significado, con el fin de evitar un reduccionismo que solo considere uno de esos aspectos. Según ella, es en la interacción discursiva de aquellas disciplinas donde se debe plantear la cuestión del sujeto, y por lo tanto, de la experiencia. Por ello construirá su noción a partir de los aportes de Charles Pierce y Jacques Lacan. Si bien como se dijo antes ‘experiencia’ es el término para designar el modo en que se construye semiótica e históricamente la subjetividad, es fundamental tener en cuenta la mediación social, y así evitar caer en la habitual equiparación de lo subjetivo con lo individual. La mediación de los signos, y por tanto del lenguaje, marca probablemente una novedad importante en relación a conceptualizaciones previas de la experiencia. Entendida como proceso continuo, supone una compleja relación de “efectos recíprocamente constitutivos” entre el sujeto y la realidad social. Es en este sentido que De Lauretis precisa con mayor detalle su definición, describiendo la experiencia como “complejo de hábitos resultado de la interacción semiótica del ‘mundo exterior’ y del ‘mundo interior’, engranaje continuo del yo o sujeto en la realidad social” (De Lauretis, 1992, p. 288). El sujeto femenino es entonces el resultado de una cierta experiencia de la sexualidad, a través de la cual, parafrasea De Lauretis, ‘se convierte en mujer’. Por ello “el lugar de la sexualidad en esa relación, como ha demostrado el feminismo, es lo que define la diferencia sexual para las mujeres, y da a la condición femenina su significado como experiencia de un sujeto femenino” (De Lauretis, 1992, p. 291).

En un texto posterior, *La tecnología del género*, De Lauretis aporta más elementos para pensar sobre todo en ese aspecto específico de la experiencia del sujeto femenino. Brevemente, señala que el género es antes que nada una representación, lo cual no quita que tenga implicaciones concretas o reales en la vida material de los individuos. El género es la representación de una relación de pertenencia a una clase, grupo o categoría, relación que por otro lado se funda, afirma la autora, sobre la oposición conceptual y rígida de dos sexos biológicos. En este sentido tiene la función de constituir individuos concretos en tanto hombres y mujeres. Si bien esta representación que es el género se construye, podríamos decir, dialécticamente, pues la construcción de la representación social del género y su construcción subjetiva o autorepresentación inciden la una sobre la otra, lo interesante en la propuesta de De Lauretis es el señalamiento de las múltiples formas de su constitución, o en otras palabras, de cómo el género es el producto de varias tecnologías sociales (anticipando en algún sentido la luego mucho más conocida postura de Butler): “la construcción del género prosigue en nuestros días a través de diversas tecnologías del género (como el cine) y diversos discursos institucionales (como la teoría) y tiene el poder de controlar el campo del significado social y

por tanto de producir, promover e ‘implantar’ la representación del género” (De Lauretis, 2000a, p. 54).

Esta idea de la producción del género a través de tecnologías sociales diversas, como pueden ser el cine, la teoría y la narrativa, y por tanto de su circulación en la realidad social, es fundamental para la comprensión de la experiencia y la subjetividad femeninas. Si la experiencia es un proceso de construcción continuo de la subjetividad, mediado semióticamente por la realidad social, es necesario hacer hincapié en que esa realidad incluye, especialmente para las mujeres según De Lauretis, las relaciones sociales de género. Por lo tanto, aquella relación específica con la sexualidad que constituía la subjetividad y la experiencia femeninas de la que hablaba en *Semiótica y experiencia*, aparece ahora redefinida en términos de *experiencia de género*, entendida como “los efectos de significado y las autorepresentaciones producidos en el sujeto por las prácticas socioculturales, los discursos y las instituciones dedicadas a la producción de hombres y mujeres” (De Lauretis, 2000a, p. 55).

En el caso de Scott la revisión crítica del concepto de experiencia representa en buena medida una continuación, según señala la autora (Hesford y Diedrich, 2014), de “Género: una categoría útil para el análisis histórico”, siendo nuevamente producto del modo en que interpreta las categorías utilizadas por la teoría feminista, de su propia lectura del desarrollo de la historia de las mujeres y también de discusiones sostenidas con historiadores, principalmente provenientes del ámbito de historia social, como Edward Thompson y Gareth Stedman Jones, o de la llamada historia intelectual, como es el caso de John Toews. Por ello, al igual que con “género”, supone un diálogo tanto con las teóricas feministas de otras disciplinas como con sus colegas historiadores, un pendular constantemente presente en Scott. *Experience* es la respuesta a un artículo de Toews publicado en la *American Historical Review* y expresa cierta impaciencia ante la idea, según Scott asumida y extendida al menos entre los historiadores, de que la experiencia es algo transparente, y de que hay una relación directa entre las circunstancias económicas y la acción política (Hesford y Diedrich, 2014, p. 199).

Como vimos antes, la historia feminista no implicaba sólo adicionar a las mujeres a un cuerpo de conocimiento dado sino, y fundamentalmente, comprometerse críticamente con la disciplina para cambiar sus contenidos a la par que sus metodologías y conceptualizaciones (Hesford y Diedrich, 2014). Por lo tanto, si en sus comienzos la historia de las mujeres pretendió encauzar la demanda de recuperar una experiencia pasada propia, ¿qué consecuencias tenía justamente, en términos disciplinarios, que “las mujeres” ingresaran en la historia? En línea con muchas otras teóricas feministas, Scott argumenta no solamente

respecto de la dificultad de tomar la categoría “mujer” como algo evidente por sí mismo, sino también de hacerlo con otras ligadas a aquella como la de “experiencia”. Por ello en el artículo de 1991 arremeterá contra la supuesta evidencia y autoridad de un concepto central para la tarea historiográfica. Si bien por supuesto hay allí cuestionamientos a la práctica “ortodoxa” de la historia, algo que Scott ha hecho prácticamente a lo largo de todos sus textos, es interesante que en última instancia sus argumentos se dirijan sobre todo contra aquella historiografía que pretendía ser una reivindicación de quienes habían sido ignorados, como sucedía en el caso de las mujeres o de las minorías sexuales.

El punto de partida de la argumentación es la descripción realizada por Samuel Delany (escritor gay, negro según ella misma aclara) de su visita a los baños St. Marks y de las sensaciones producidas por ese encuentro. Ese relato, según Scott, muestra dramáticamente el problema de escribir la historia de la diferencia, de convertir en histórico lo que había sido ocultado, sobre todo cuando ese devenir objeto de la historia se hace en nombre de la recuperación de una supuesta experiencia visible y transparente. Es cierto, señala ella misma, que en la historia de la disciplina la visibilización de los pasados ignorados u omitidos había producido una crisis en la ortodoxia disciplinar, pues al rescatar esas voces, no sólo producía nueva evidencia sobre *otros* ignorados sino que había multiplicado los relatos y los sujetos (Scott, 2001, p. 46). Sin embargo, y este es un punto central, lo hacía al precio de aceptar los mismos supuestos fundacionistas de la disciplina, en particular los que reclaman la *autoridad* de la experiencia. Para Scott la estrategia de los historiadores de la diferencia de documentar la experiencia de otros fue a un mismo tiempo exitosa y limitante. Exitosa pues permitía cuestionar antiguas narrativas dentro del marco de referencia disciplinario de la historia, lo cual le otorgaba cierta legitimidad al ajustarse a sus reglas; pero limitante pues ello entrañaba una ambigüedad crucial en relación al estatus de la evidencia. Por un lado, se acepta que la evidencia se convierte en tal únicamente en relación a una narrativa potencial, lo cual parece resaltar la dependencia entre ambas; por otro lado, el tratamiento retórico de la evidencia y su utilización para discutir interpretaciones predominantes se acerca a una noción referencial de la evidencia que niega lo anterior, asegurándole cierta independencia. Este reclamo de referencialidad se ve fortalecido cuando lo que se ofrece es la evidencia de la experiencia, bajo la forma de lo que el sujeto *ha vivido* (Scott, 2001, p. 47).

Sin embargo, objeta Scott, la ‘experiencia’ de ningún modo es algo evidente y debe ella misma ser historizada. La historia de la diferencia, que pretendía visibilizar a quienes no habían sido considerados en la historia, termina apelando a la experiencia como una evidencia incontrovertible y como punto originario de toda explicación. Con ello, pierde la fuerza crítica

que presuponía, manteniéndose en última instancia dentro del marco epistemológico de la historia tradicional, esto es, la misma que había excluido la diferencia: “toman como evidente las identidades de aquellos cuya experiencia ha sido documentada, y de este modo naturalizan su diferencia. Ubican la resistencia fuera de la construcción discursiva, y hacen real a la agencia como un atributo inherente de los individuos, descontextualizándola” (Scott, 2001, pp. 47-48). De este modo queda de lado la indagación sobre el carácter construido de la experiencia y por lo tanto de los mecanismos ideológicos que producen la diferencia: “la evidencia de la experiencia se convierte entonces en evidencia del hecho de la diferencia, más que una forma de explotar cómo se establece la diferencia, cómo opera, cómo y de qué maneras constituye sujetos que ven el mundo y que actúan en él” (Scott, 2001, p. 48).

En este sentido Scott pareciera querer alertar contra un uso ingenuo de la idea de “experiencia” y de las categorías de representación como identidades fijas e inmutables a las cuales se anuda. De allí que sea necesario atender “a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia. En esta definición la experiencia se convierte entonces no en el origen de nuestra explicación [...] sino más bien en aquello que buscamos explicar” (Scott, 2001, p. 49). Se trata entonces de darle historicidad a la experiencia, y al hacerlo, de historizar entonces las identidades. Mediante este escrutinio crítico, Scott intenta apartarse de ciertas conceptualizaciones habituales del término, particularmente las que vuelven a instalar a la experiencia de manera recurrente como fundamento incuestionado de la escritura de la historia, pero que al mismo tiempo estaría *más allá* de esa escritura, como algo *real* que la escritura recupera. A pesar de ciertas diferencias, en general la defensa de la experiencia por parte de los historiadores, incluso podríamos decir de los historiadores de la diferencia, procede según Scott de manera similar: “establece un ámbito de realidad fuera del discurso y autoriza al historiador que tiene acceso a él. La evidencia de la experiencia funciona como un fundamento que proporciona al mismo tiempo un punto de arranque y un tipo conclusivo de explicación” (Scott, 2001, p. 63).

¿Cuál sería, en contrapartida, un uso no ingenuo o crítico de la experiencia en la historia? En primer lugar una utilización que atendiera a la consideración de su carácter ineludiblemente discursivo. He allí lo central, y a la vez controvertido, de la argumentación de Scott: el anudamiento inseparable entre experiencia y lenguaje, confirmado en esta suerte de silogismo: “La experiencia es la historia de un sujeto. El lenguaje es el sitio donde se representa la historia. La explicación histórica no puede, por lo tanto separarlos” (Scott, 2001, p. 66). La experiencia, y en consecuencia las identidades, se constituyen discursivamente.



Ambas son eventos discursivos, lo cual significa que no ocurren ni se producen fuera de significados establecidos. Aun así ello no supone, según Scott, caer en un determinismo lingüístico que prive a los sujetos de agencia, una de las críticas corrientes a las posiciones postestructuralistas donde se afirma el carácter constitutivo del lenguaje: “los sujetos son constituidos discursivamente, pero existen conflictos entre los sistemas discursivos, contradicciones dentro de cualquiera de ellos, múltiples significados posibles para los conceptos que colocan. Y los sujetos tienen agencia” una agencia que “se crea a través de las situaciones y estatus que les confieren” (Scott, 2001, p. 66).

Scott señala de este modo que una de las operaciones ideológicas fundamentales en determinadas teorizaciones es la de suponer la existencia de individuos como algo dado por hecho, previo a la experiencia. En este marco, la experiencia sería algo que los individuos ‘tienen’, sin prestar atención al modo en que los constituye. Mediante esta operación ideológica se convierte a los individuos en punto de arranque del conocimiento, al tiempo que se naturalizan categorías como las de hombre, mujer, negro, blanco, heterosexual, homosexual, considerándolas como características dadas de los individuos. Es precisamente aquí donde Scott recupera a De Lauretis en la medida que, mediante la redefinición de la experiencia como clave en el proceso de construcción de la subjetividad, se pone al descubierto el funcionamiento de esta ideología (Scott, 2001).

En el caso de la historia y las ciencias humanas en general, la cuestión se vuelve más compleja, pues este sujeto constituido a través de la experiencia no solo es el objeto de la investigación sino también el investigador mismo. Las representaciones acríticas del concepto de experiencia excluyen los procesos de construcción de la subjetividad de quien investiga, y al hacerlo, desconocen la relevancia de su posición para el conocimiento que producen, omitiendo la máxima foucaultiana de la relación entre saber, poder y política: “no se hacen cuestionamientos, por ejemplo, acerca de si tiene importancia para la historia que escriben que los historiadores sean hombres, mujeres, blancos, negros, heterosexuales u homosexuales [...] No existen ni el poder ni la política en estas nociones del conocimiento y la experiencia” (Scott, 2001, p. 54).

En contrapartida, si la experiencia no es algo transparente que espera ser recuperado, es preciso preguntarse fundamentalmente por el modo en que se establece su significado, preguntarse cómo algunas cosas y no otras llegan a ser incluidas en ese término, cómo se relaciona la experiencia con otras categorías de representación y análisis; si ‘experiencia’ no es un término cuyo sentido se deba asumir como autoevidente, es necesario considerar cómo el llamado a una experiencia común crea un sentido de pertenencia en un grupo, o qué significa

para los historiadores estudiar el pasado a partir de esas categorías y para los propios individuos pensarse en estos términos (Scott, 2001). Esto parece estar en sintonía con la propuesta de De Lauretis, quien intentaba definir la experiencia “como un conjunto de efectos de significado, costumbres, disposiciones, asociaciones y percepciones derivadas de la interacción semiótica de uno mismo con el mundo externo. La constelación o configuración de efectos de significado que llamo experiencia se modifica y se reconstituye en cada sujeto mediante la continua interacción con la realidad social” (De Lauretis, 2000a, p. 54).

En verdad, en el caso de Scott no hay estrictamente hablando una definición de la experiencia, al modo que sí lo intenta De Lauretis, sino más bien un señalamiento de los problemas que se siguen de hacer un uso acrítico del concepto en el campo de la historia. Asumir su carácter no evidente ni claro es insistir en el hecho de que la experiencia es siempre una interpretación, y por lo tanto, lo que cuenta como tal es algo que siempre está en disputa. Por otro lado, como Scott misma señala, aunque resulte tentador abandonar el término “experiencia”, parece más útil trabajar con él, insistiendo siempre en su naturaleza discursiva y atendiendo siempre a la manera en que incide en los procesos de producción de identidad. Claro que la justificación que da Scott de su utilidad no parece ser proporcional con la exhaustiva y minuciosa crítica realizada previamente. Así, concluye, “dada la ubicuidad del término, me parece más útil trabajar con él, analizar sus operaciones y redefinir su significado” (Scott, 2001, p. 72), redefinición que ella misma no realiza.

Por otro lado, si bien Scott y De Lauretis han puesto de relieve la relevancia de la mediación del significado en la determinación de la experiencia, la inseparabilidad de esta última y el lenguaje pareciera volverse más acuciante en el caso de Scott, lo cual habilitará luego una innumerable serie de críticas. Incluso De Lauretis, al recuperar el concepto de hábito de Charles Peirce, sostiene una mediación semiótica que no deja de lado, o al menos eso intenta, la dimensión corpórea o material: “el concepto de hábito como actitud ‘energética’, como disposición somática a la vez abstracta y concreta, forma cristalizada de un esfuerzo muscular/mental previo, sugiere poderosamente a un sujeto alcanzado por la actividad de los signos, a un sujeto físicamente implicado o corporalmente comprometido en la producción de significado, en la representación y en la auto-representación” (De Lauretis, 1992, p. 289).

Con todo, se puede afirmar que tanto para una como para otra no hay un sujeto que preexiste a eso que llamamos experiencia, sino que la subjetividad y la identidad son constituidas a través de ella. Ambas discutirían la afirmación según la cual primero hay mujeres, como individuos dados, y luego esas mujeres “tienen” una experiencia, de modo que no fuera precisamente lo que cuenta como experiencia lo que las convierte en mujeres. Ello no

implicaría el desconocimiento de la dimensión política de la categoría y de su centralidad, algo que ambas se ocupan de enfatizar, ni de quitarle agencia al sujeto del feminismo. Por el contrario, se trata precisamente de señalar que esa agencia no se da por fuera del significado de determinadas categorías, y que por lo tanto, ninguna acción efectivamente transformadora puede llevarse a cabo sin una indagación crítica sobre su significado, y sobre su historia.

La perspectiva postestructuralista de Scott ha suscitado innumerables polémicas y críticas, de las cuales sólo señalaré algunas. Ya antes del artículo *Experience*, el énfasis de Scott en el lenguaje y su relevancia para el análisis histórico habían sido cuestionados desde el campo de la historia del trabajo por Bryan Palmer y Christine Stansell, tal como puede observarse en la controversia mantenida en la revista *International labor and working-class history*. Palmer señala en Scott una argumentación desmedidamente idealista en su énfasis sobre el papel del discurso<sup>9</sup> y, en consecuencia, una tendencia acrítica a considerar el lenguaje como una “panacea interpretativa”, en el sentido de una estructura anterior al contexto material e independiente de él, de las relaciones sociales y de las luchas de clase. Aunque reconoce la importancia de atender a los rasgos de género en el lenguaje, Palmer sostiene que la excesiva atención al lenguaje prestada por Scott la acerca peligrosamente, según sus palabras, a una concepción no referencialista y demasiado formalista del mismo. De este modo, continúa, se pierde el valioso aporte marxista de una noción dialéctica de las interacciones entre el lenguaje y una multitud de procesos sociales y materiales (Palmer, 1989). La crítica de Stansell apunta en un sentido similar. En efecto, acusa a Scott de un idealismo formal en el cual anida una propensión a concebir el lenguaje como una cosa en sí misma, evolucionando según sus propias leyes y moldeando la experiencia humana de acuerdo con sus demandas formales. En su opinión, Scott representa una inversión banal del materialismo más ortodoxo, en la medida en que el lenguaje permanece separado de lo social, aunque la causalidad ha sido invertida: “ahora el lenguaje determina la forma de las relaciones sociales y no a la inversa” (Stansell, 1989).

En la respuesta a ambas críticas Scott subraya una profunda incompreensión de sus tesis, en particular su forma de concebir el lenguaje, y lamenta la imposibilidad de un debate filosófico serio, algo que usualmente reprocha a los historiadores. En su opinión, las críticas de Palmer y Stansell resultan francamente reduccionistas, al compartir una concepción un tanto ingenua de la experiencia y del lenguaje. En ambos la experiencia aparece como una

---

<sup>9</sup> En particular, el papel que según Scott juega el discurso político en la configuración de la familia obrera en la Inglaterra de principios del siglo XIX.

sensación directa y no mediada por conceptos culturales. Sin embargo, así como no se puede oponer discurso y luchas de clases, como según Scott hace Palmer, tampoco se puede, como haría Stansell, proponer como principio que las mujeres adquieren identidad propia por sí mismas, a partir de una experiencia no mediada discursivamente, pues ello equivaldría a caer nuevamente en un esencialismo. Frente a esto, Scott señala que es “imposible separar los significados de las experiencias, el ‘lenguaje’ de la ‘vida real’; más bien parto de que el lenguaje está inextricablemente unido a la vida, es parte integrante de ella. No hay experiencia social al margen de su percepción” (Scott, 1989, p. 128).

Una crítica más sofisticadamente argumentada es la que realiza Eleni Varikas (1995), en un artículo publicado a raíz de la controversia entre Scott y la historiadora Louise Tilly. Varikas señala que, escapando de ciertas premisas deterministas de buena parte de la historia social, Scott se acerca a otras formas de determinismo, igualmente insuficientes para el análisis histórico. Ciertamente, argumenta Varikas, la afirmación de que las identidades colectivas y los intereses de los individuos son producidos discursivamente puede significar una concepción crítica de la omnipotencia de las estructuras sociales. Sin embargo, en el caso de Scott parece referir a un factor de determinación igualmente importante: la estructura del lenguaje mismo, entendido como un sistema a priori de control inaccesible para la intervención deliberada de individuos. En ese sentido, el lenguaje aparece como un sistema cuya omnipotencia y ubicuidad vuelven inútiles las intervenciones de los sujetos hablantes, y por lo tanto de importancia secundaria (Varikas, 1995, p. 96). Desde esta perspectiva, la posición de Scott no diferiría demasiado del pensamiento determinista del marxismo más ortodoxo. Varikas apunta así a una crítica recurrente a posiciones postestructuralistas como la de Scott: aquella que señala el problema de la agencia. La impersonalidad de las fuerzas discursivas que construyen el significado de una cultura terminan pareciéndose mucho, en última instancia, a la impersonalidad de las fuerzas productivas que la historiografía social marxista, de la cual Scott pretendía alejarse, señalaba como determinando el curso de la historia. Aun cuando, continúa Varikas, la producción del significado y la formación del género están basados en relaciones conflictivas en confrontación permanente, los actores de este conflicto son ‘fuerzas de significación’, ‘oposiciones fijas’ y ‘procedimientos de diferenciación’ (Varikas, 1995, p. 97).

Por otro lado, la imposibilidad de separar la experiencia del lenguaje fue rápidamente criticada no sólo desde la misma historiografía, sino también, como señala Ana María Bach (Bach, 2010), desde algunas teóricas feministas. Tal es el caso de Linda Alcoff, quien pretende llevar a cabo una rehabilitación de la experiencia desde una perspectiva

fenomenológica (Alcoff, 2000). Según esta autora, el postestructuralismo ha trabajado para desacreditar a la fenomenología sosteniendo que esta última toma la subjetividad y la experiencia subjetiva como causa y fundamento, cuando en realidad deberían considerarse meramente como epifenómeno y efecto. Ello ha llevado a la teoría feminista desde el extremo de tomar la experiencia personal como fundamento del conocimiento, hasta el otro extremo de desacreditarla como producto del falogocentrismo (Alcoff, 2000, p. 44). En el caso específico de Scott, argumenta Alcoff, al considerar la experiencia como originándose en estructuras lingüísticas que están por fuera de los individuos, aparece un falso dilema. Las opciones serían entre una epistemología de la experiencia, en la cual esta última funciona como un fundamento no problematizado del conocimiento, y una epistemología de la teoría que interroga y busca explicar la experiencia.

El punto central de la argumentación de Alcoff es que Scott comete un error que llama ‘metafísico’. La experiencia, agrega, muchas veces excede el lenguaje, y en ocasiones resulta inarticulable. Es cierto que el discurso permea y afecta la experiencia; pero sostener, como hace Scott, que la experiencia es un evento lingüístico supone borrar todos aquellos tipos de conocimiento experienciales que no son susceptibles de articulación lingüística. De este modo, se corre el riesgo de excluir lo inarticulado del ámbito del conocimiento, lo cual ha servido muy bien, según Alcoff, a los intereses de la masculinidad occidental, permitiendo ignorar formas de opresión que no pueden ser expresadas bajo los regímenes de discurso dominantes. En su opinión, sería mejor considerar la experiencia y el discurso como “imperfectamente alineados”, con puntos donde definitivamente se separan (Alcoff, 2000, p. 47).

Es cierto, por otro lado, que no hay demasiados elementos para sostener que Scott propone una reconstrucción feminista de la experiencia o ni siquiera aun una versión posestructuralista, pues ella misma no lleva adelante una definición del término. Como afirma Canning, la historiadora norteamericana realiza una profunda deconstrucción del concepto pero se detiene justo en el momento de su redefinición, de modo que aunque podamos aceptar lo que la experiencia no es, resulta menos seguro lo que podría ser (Canning, 1994, p. 376). Al contrario de lo ocurrido con la categoría de “género”, en el caso de la noción de experiencia el aporte de Scott no está dado entonces por una conceptualización novedosa del término, sino por un señalamiento de los problemas teóricos, y también políticos, de su utilización ingenua o acrítica.

Con todo, historiadores como Miguel Ángel Cabrera sostienen que Scott ha contribuido muy especialmente a la renovación teórica de los estudios históricos durante las

últimas décadas, en particular a partir de la reformulación de nociones centrales como lenguaje, experiencia e identidad (Cabrera, 2001, 2006). Más aun, Cabrera aventura que en los últimos años se ha ido constituyendo un nuevo paradigma en la historiografía, del cual Scott sería una de sus principales referentes. Esta “nueva historia” representaría una discontinuidad radical respecto de todas las formas anteriores de hacer historia, en el sentido de significar un abandono decisivo del modelo teórico dicotómico y objetivista que sustentaba tanto la historia social como la historia sociocultural (Cabrera, 2006). Con el fin de escapar de las aporías surgidas de la oposición entre estructura o posición social por un lado y conciencia por otro, la nueva historia ha efectuado un movimiento, tal como se puede observar según Cabrera en los textos de Scott, desde la causalidad social hacia la mediación discursiva, a efectos de considerar la acción humana bajo nuevas coordenadas teóricas (Cabrera, 2006). Es probable, siguiendo la hipótesis de Cabrera, que la distinción entre lenguaje y materialidad (o como a veces se dice, realidad), sea otra de las oposiciones respecto de las cuales sería provechoso indagar su configuración histórica y el modo en que ha operado en los debates recientes, para, finalmente, deconstruirla. En cualquier caso, como dirá Scott recientemente (2009b), la teoría postestructuralista le otorgó un lenguaje para articular su crítica feminista y para concebir de qué modo la historia podía servir a ella.

## Capítulo 3

### La relevancia de la fantasía

En el transcurso de los últimos veinte años muchos de los trabajos publicados por Scott muestran nuevamente un desplazamiento en sus intereses teóricos, desplazamiento que vincula en este caso la posibilidad de una historia crítica feminista con la incorporación de herramientas conceptuales provenientes de la teoría psicoanalítica. Gran parte de ese intento aparece reflejado en *The fantasy of feminist history*, un libro de 2011 cuyas tesis principales, a diferencia de lo dicho por Scott sobre género y experiencia, aún no han sido demasiado exploradas, al menos en nuestro país. Como a lo largo de toda su obra los ensayos que componen este libro debieran ubicarse bajo una doble coordenada, en interlocución con la teoría feminista pero también con la historiografía, y por lo tanto en las encrucijadas de las relaciones de uno y otro campo con la teoría psicoanalítica. En ambos casos, respecto a las relaciones del psicoanálisis con la teoría feminista por un lado y con la historiografía por el otro, podría hacerse una exhaustiva reconstrucción. Sin pretensiones de agotarlo, intentare dar un breve panorama que sirva de marco a las inquietudes teóricas de Scott.

Perez Cavana (2000) esquematiza cronológicamente la relación entre teoría feminista y psicoanálisis a partir de dos grandes debates: uno ubicado aproximadamente entre los años 20 y 30, en vida de Freud, y otro hacia mediados de los años 70, coincidente con la llamada segunda ola feminista y a partir del cual se perfilan las líneas que caracterizan las discusiones de las últimas décadas. El primer debate tuvo su foco en las tesis freudianas sobre la sexualidad femenina y la feminidad. De manera sucinta, uno de los problemas principales será la presuposición de un genital masculino para ambos sexos (para Freud el clítoris de la niña sería un homólogo del pene) y por lo tanto la explicación de la sexualidad femenina en torno a la envidia del pene. Lo importantes es que estas tesis dieron lugar a una discusión entre las seguidoras de Freud y aquellas analistas que, más allá de distintos enfoques y temas, coincidieron en criticar el falocentrismo implícito en la explicación freudiana de la sexualidad femenina a partir del complejo de castración y del complejo de Edipo, con su consecuente caracterización de la feminidad en términos de pasividad (Perez Cavana, 2000).

El segundo debate en torno al vínculo entre feminismo y psicoanálisis, ocurrido durante los años 70, presenta dos diferencias importantes en relación al anterior: por un lado, el referente ya no es tanto Freud sino una “popularización” del psicoanálisis a partir de los años 50, especialmente en Estados Unidos; por otro lado, las críticas ya no son solo de psicoanalistas sino de feministas provenientes de otros campos, como la filosofía, la política,

etc. En este marco, Juliet Mitchell aparece como la primera feminista que defiende la importancia del psicoanálisis para la causa del feminismo, al punto de sostener que la opresión de la mujer y la lucha contra ella no pueden dejarlo de lado. En el debate, algunos argumentos se repiten, principalmente aquellos que señalan el carácter androcéntrico, y más aun falocéntrico, de las tesis freudianas (Perez Cavana, 2000, p. 220).

Se podría agregar como un elemento más a considerar, la consolidación, fundamentalmente en el transcurso de los setenta, de lo que se podría denominar teoría feminista, de modo que la relación entre psicoanálisis y feminismo fue generando repercusiones en ambos sentidos (Martínez, 2018; Bleichmar, 1996; Tubert, 1996). Por un lado, muchas teóricas feministas vieron en el psicoanálisis una herramienta importante para elaborar algunas de sus inquietudes fundamentales. Y eso incluso en aquellas provenientes de otros campos disciplinarios como la filosofía, la antropología, e incluso la historia, lo cual da cuenta del rasgo interdisciplinario que muchas veces caracteriza al feminismo académico. En términos generales, el psicoanálisis fue provechoso para incorporar la dimensión subjetiva en el intento de comprender la construcción de la diferencia sexual y su mantenimiento (Bleichmar, 1996). Tal será el caso de Scott y, por ejemplo, su consideración de la utilidad del concepto psicoanalítico de “fantasía” para la historia. A su vez, la asunción del feminismo de ciertos planteamientos psicoanalíticos le permitió a aquel profundizar su tarea crítica y autocrítica (Tubert, 1996).

Por otro lado, y más allá de ciertas resistencias, al menos una parte de la teoría psicoanalítica también fue incorporando conceptos provenientes del feminismo, particularmente el de género. Progresiva, aunque lentamente, una serie de trabajos de mujeres psicoanalistas fueron aportando nuevas hipótesis y datos que se inscribieron en lo que Bleichmar llamó “un proceso silencioso pero efectivo – como la misma revolución feminista lo viene siendo – de deconstrucción de propuestas del psicoanálisis” (Bleichmar, 1996, p. 16)<sup>10</sup>. En este sentido, argumenta Ariel Martínez, más allá de las críticas a Freud, el psicoanálisis que incorporó la perspectiva de género no cayó “en la trampa de menospreciar las contribuciones freudianas sin tener en cuenta que sus ideas [...] guardan en sí la potencialidad de desafiar muchos de los propios supuestos básicos” (Martínez, 2018, p. 78). Desde esta perspectiva, en los Estados Unidos se destacan los aportes de Nancy Chodorow y Jessica Benjamin, quienes introducen la crítica feminista hacia el interior del psicoanálisis.

---

<sup>10</sup> Por ello, sostiene esta autora, la articulación sistemática del concepto de ‘género’ en la teoría psicoanalítica produce nuevos fundamentos no solo de la subjetividad femenina, sino de la subjetividad en general (Bleichmar, 1996, p. 18).



Nuevamente en términos de acercamientos disciplinarios, también ha sido profusa la discusión en torno a la relación entre psicoanálisis e historiografía. Como señalan Acha y Vallejo (2010), al igual que ocurrió con prácticamente todas las ciencias humanas, la historiografía acusó prontamente el impacto de las tesis freudianas. Una de las principales formas en que cristalizó ese entrecruzamiento fue la llamada ‘psicohistoria’, surgida principalmente en la academia historiadora norteamericana hacia los años 60. Desde este enfoque, la historiografía buscaba poner en operación los conceptos psicoanalíticos con el fin de explicar las peripecias de un recorrido biográfico individual (Acha y Vallejos, 2010), o de descubrir las motivaciones ocultas de las acciones individuales (Scott, 2012c), tal como se puede observar en el trabajo pionero del historiador Erik Erikson sobre Lutero. Así, esta nueva tendencia permitió que durante esos años proliferaran numerosas psicobiografías de “grandes personalidades” (Mudrovic, 2003). La “operacionalización” efectuada por la psicohistoria ha sido tildada de simplista, reduccionista y limitante, circunscribiendo el aporte del psicoanálisis a ciertos conceptos manipulables para la investigación histórica (en particular los diversos “complejos”) pero desprovistos de una reflexión seria y de las interrogaciones psicoanalíticas de base. De este modo, la teoría psicoanalítica resulta deshistorizada, dejando “incólume la epistemología de la historiografía” y adaptando “una terminología presuntamente psicoanalítica a los requerimientos de una explicación histórica” (Acha y Vallejos, 2010, p. 27).

Scott se expresa en términos similares en su crítica de la psicohistoria. Los psicohistoriadores, sostiene, dieron razones en favor de la compatibilidad disciplinaria “instrumentalizando” el psicoanálisis. Las herramientas o equipamiento que proveía el psicoanálisis para acercarse al pasado eran principalmente categorías de diagnóstico y narrativas del desarrollo que se ajustaban sin demasiado problema a las cronologías históricas establecidas (Scott, 2012c, p. 68). De este modo, continua Scott, la psicohistoria tendía a reafirmar el concepto que la disciplina historiográfica tiene de sí misma, seleccionando de la teoría psicoanalítica los aspectos menos desafiantes para la epistemología de la historia y construyendo un discurso de compatibilidad disciplinaria poco problematizado. Por otro lado, si bien los años 70 fueron los de mayor auge de la psicohistoria, no logró llamar la atención de los grupos tradicionalmente excluidos de la historiografía que comenzaban a construir relatos sobre su pasado, como las mujeres o los homosexuales. La razón principal fue, según Scott, que para aquellos que buscaban análisis críticos de las relaciones de poder dominantes la predisposición excesivamente normativa de la psicohistoria era parte del problema, al utilizar

las categorías freudianas no solo como descriptivas de la organización psíquica de la moderna sociedad burguesa sino como prescriptivas. En ese sentido si la orientación del deseo, en tanto función de la crisis edípica, era de algún modo algo ya siempre conocido, las desviaciones de ello sólo podían ser explicadas como patologías (Scott, 2012c, p. 76).

Otras formas más fructíferas y sofisticadas de intercambios estuvieron dadas por la aplicación de conceptos psicoanalíticos a fenómenos colectivos como el nazismo, o la constitución principalmente a partir de los años 80 de estudios sobre la memoria y las experiencias históricas del siglo XX que echaron mano del concepto de trauma. En casos como los del análisis del nazismo hay aún una lógica de “trasplante” similar a la de la psicohistoria, aunque con ciertos matices que la vuelven más interesante (Acha y Vallejos, 2010). Por otro lado, la fascinación que el modelo psicoanalítico del trauma ha ejercido sobre la historiografía del llamado pasado reciente, como por ejemplo en el trabajo de Dominick LaCapra, ha reactualizado la discusión en torno a las similitudes, pero también a las diferencias infranqueables, entre historia y psicoanálisis (Mudrovic, 2003).

Por último, como parte de lo que Acha y Vallejos definen como efectos localizados y tácticos en la interlocución entre ambas disciplinas a partir de los años 80, se podría mencionar la obra del historiador francés Michel De Certeau. De Certeau representa un enfoque más crítico sobre la relación entre historia y psicoanálisis, sugiriendo entre ambas un “incordio” epistemológico cuyo punto de partida es una consideración de la diferencia entre las temporalidades de una y otra (Acha y Vallejos, 2010). Pero es justamente en este sentido que De Certeau se convertirá en un referente privilegiado para Scott. Para ella, a diferencia del enfoque de la psicohistoria, el trabajo del historiador francés constituye una perspectiva crítica que utiliza el psicoanálisis con el fin de plantear un desafío a la auto-representación convencional de la historia y su concepción del orden temporal (Scott, 2012c). Lejos de la compatibilidad ingenua sostenida por la psicohistoria, la idea de la inconmensurabilidad del psicoanálisis y la historia, central en De Certeau, permite una mirada mucho más productiva de la relación entre ambas. El psicoanálisis, sugiere Scott, no solo puede forzar a los historiadores a cuestionar sus certezas acerca de la narrativa, la causalidad y los hechos mismos, sino que introduce nociones perturbadoras sobre las motivaciones inconscientes y los efectos de la fantasía en el hacer la historia así como en su escritura.

Con todo, a pesar de la rehabilitación del psicoanálisis llevada a cabo en sus últimos textos, la valoración de Scott respecto de la utilidad de aquella disciplina para su propio proyecto, esto es para la posibilidad de constituir una historia crítica feminista, ha sido un

tanto ambigua o por lo menos fluctuante. Tal como señala en el prefacio incorporado a una nueva edición de *Gender and the politics of history* del año 2018, con ocasión de cumplirse 30 años de su publicación, por ese entonces era escéptica respecto de las ventajas teóricas del psicoanálisis debido a lo que juzgaba como su carácter ahistórico (Scott, 2018a). Como vimos en el capítulo 1, ya sea bajo la versión lacaniana o la versión de las relaciones objetales, para Scott la teoría psicoanalítica no representaba un aporte significativo para la conceptualización del género y su relación con la historia. Sin embargo esa actitud se fue transformando con los años a partir de la lectura de lo que llama, citando a Adam Phillips, el Freud post-freudiano; es decir, Freud leído a través de la lente del postestructuralismo, el postcolonialismo, las teorías sobre la raza y el racismo, y la atención que en todas ellas se prestaba al lenguaje y a las asociaciones que evoca (Scott, 2018a).

Lo que estas innovadoras relecturas de la teoría psicoanalítica aportan principalmente, según Scott, es una teorización sobre la diferencia sexual como un enigma permanente. Contrariamente a su opinión durante los años ochenta, el carácter finalmente indeterminado del género sugerido por estos enfoques es lo que permite precisamente su historización. Desde esta perspectiva, categorías como las de ‘hombre’ y ‘mujer’ tomarán entonces significados diversos en relación a distintos momentos políticos, lo cual ayudará a una mejor comprensión de estos últimos. Por otro lado esos significados pueden ser expresados de manera literal o racional, pero también están asegurados afirma Scott por apelaciones a lo inconsciente, movilizándolo por ejemplo fantasías eróticas o aquello que ha sido explicado en términos de miedo a la castración. Si por lo tanto los significados del género son en última instancia inciertos y volátiles, si son instrumentos de regulación política pero también de resistencia, el estudio del género permanece como una cuestión siempre abierta, y en consecuencia, solo así conserva su valor analítico. El carácter finalmente indeterminado de las categorías garantiza, según Scott, que los interrogantes variarán dependiendo el contexto, no solo histórico sino también político y cultural. Y es en este sentido que la teoría psicoanalítica recupera la historicidad cuya ausencia reprochaba Scott en sus primeros escritos: esta teoría permite pensar las categorías del género como productos de la historia y estudiarlas en sus diferentes articulaciones (Scott, 2018a).

Como se dijo antes, el texto que evidencia este giro es *The fantasy of feminist history*, un conjunto de ensayos publicado en 2011 y que según la autora representa precisamente su compromiso con la teoría psicoanalítica en tanto práctica de lectura crítica para la historia (Scott, 2011b, p. 4). En la Introducción al libro Scott reseña su progresivo interés por algunas de las categorías teóricas psicoanalíticas como resultado, en gran parte, de su fascinación por

la perspectiva posestructuralista del lenguaje, la cual la llevo lentamente hacia Freud, Lacan y las teóricas psicoanalíticas feministas. La resistencia inicial, conjetura Scott, pudo deberse a la fuerza de su formación disciplinaria como historiadora. En sus primeras investigaciones, la insistencia de la historia en la especificidad, la variabilidad y el cambio parecían ser incompatibles con el psicoanálisis, que cuando se ocupaba del género universalizaba las categorías y las relaciones entre mujeres y hombres, fijando los sexos en un permanente antagonismo (Scott, 2011b, p. 2). Por eso entonces podría parecer irónico, continua, que la teoría psicoanalítica pudiera permitir, como se dijo más arriba, darle historicidad al género insistiendo en su mutabilidad.

Sin embargo, el psicoanálisis que Scott considera valioso no es el asociado con la prescripción normativa, ni aquel invocado para patologizar la homosexualidad o asignar categorías a los individuos, sino la teoría que plantea la diferencia sexual como un dilema irresoluble (Scott, 2011b, p. 5). En términos de la propia autora, el desplazamiento teórico fue el producto de un obstinado deseo por aferrarse al género como un desafío crítico para la historia convencional y por lo tanto cierta modificación en su conceptualización. Si la diferencia sexual es un dilema permanente, pues en definitiva permanece incognoscible, entonces el género ya no puede ser considerado como la asignación de roles a cuerpos físicamente diferentes, sino como la atribución de significado para algo que siempre elude su definición (Scott, 2011b, p. 6). El género es algo más que una mera construcción social. En lugar de ello, señala Scott, debemos considerarlo como un intento histórica y culturalmente específico para resolver el dilema de la diferencia sexual, para fijar en un significado estable algo que, por el contrario, no puede ser definitivamente fijado.

Junto a la conceptualización de la diferencia sexual como un dilema en última instancia irresoluble, otro de los conceptos principales que Scott toma en préstamo a la teoría psicoanalítica es el de fantasía. Sería interesante reconstruir el modo en que este término ha circulado en la teoría feminista de las últimas tres décadas, algo que por los límites de este trabajo no se podrá hacer. En cualquier caso, si el atractivo por la teoría psicoanalítica llegó en buena medida gracias a las teóricas feministas del campo, a las lecturas postestructuralistas de Freud y Lacan, y a historiadores como Michel De Certeau, para la cuestión de la fantasía el trabajo de Scott se verá enriquecido fundamentalmente por los aportes de Jean Laplanche. Lo central para la historiadora norteamericana es que en tanto objeto de estudio para la historia, el género incluye no solo regímenes de verdad sobre el sexo y la sexualidad, sino también fantasías y transgresiones que rehúsan ser categorizadas y reguladas. Por ello la fantasía es

una categoría que socava cualquier noción de inmutabilidad psíquica o identidad fija, pues infunde el deseo en las motivaciones racionales de las acciones y eventos que son narrados en la historia (Scott, 2011b, p. 5). Y debiéramos agregar, en función de lo que aparecerá luego, también infunde el deseo en quienes narran la historia. Es desde esta perspectiva que la fantasía se convierte en una herramienta de utilidad crítica para el análisis histórico.

El interés de Scott por la utilidad conceptual de la fantasía ya había sido anticipado en “Algunas reflexiones adicionales sobre género y política”, un ensayo de 1999 incluido en la edición revisada de *Gender and the politics of history* del mismo año. Las tesis centrales del texto se inscriben en cierto desencanto respecto del devenir conceptual del género, tal como lo expresaba en el prefacio visto en el capítulo 1 de este trabajo. Avanzando sus intereses de los próximos años, Scott insinúa la apelación a la teoría psicoanalítica como forma de sacar del estancamiento al género y poder así revitalizarlo tanto en su potencia analítica como en su utilidad política. En efecto, la idea principal sostenida allí es que el concepto de fantasía permite echar luz sobre la articulación de ambos, género y política.

Scott retoma en el ensayo la idea de Freud de que los deseos inconscientes tienen una incidencia discernible en las acciones humanas, y que se expresan a través del lenguaje, los chistes, los sueños y las fantasías. Estas expresiones, continúa la autora, adoptan una forma simbólica. No se tratan de representaciones directas sino de condensaciones y desplazamientos de sentidos, y así deben ser interpretadas. Asimismo las fantasías, al expresarlos, realizan el cumplimiento de los deseos inconscientes; además inspiran la memoria, reconstruyendo y volviendo a moldear imaginativamente el pasado” (Scott, 2008, p. 250). En definitiva, la fantasía configura las representaciones, las acciones y las memorias, y por lo tanto se presenta como una dimensión de crucial relevancia para la comprensión de la condición humana.

Pero además las fantasías ofrecen, al menos en el análisis de Freud, explicaciones generales acerca del origen de los seres humanos y de las características definitorias de la sexualidad y la diferencia sexual, y por lo tanto no son solo un componente de la vida psíquica de los individuos, o al menos eso pareciera sugerir Scott. La fantasía forma parte de la estructura mítica de la cultura occidental y en ese sentido “se desparrama por todos los aspectos de la vida” (Scott, 2008, p. 251). Es aquí donde se manifiesta su dimensión política. “La imaginación humana (impulsada en parte por el deseo inconsciente)”, señala Scott, “se burla de los límites que los científicos sociales quisieran establecer: el ámbito de la economía no es nunca simple cuando se trata de satisfacer las necesidades básicas; y el de la política no trata nunca solo de huelgas entre actores racionalmente motivados, autointeresados”. Estos

ámbitos, continua, “también se declinan por proyecciones ilusorias que movilizan los deseos individuales dentro de las identificaciones colectivas” (Scott, 2008, p. 251). Nuevamente, la fantasía no es algo que opera, en tanto realidad psíquica, solo en términos subjetivos, sino también socialmente. Y más aún, es una realidad psíquica que tiene efectos materiales.

En conclusión, si la construcción de la diferencia sexual pone en juego procesos inconscientes, entonces no se puede ignorar el papel que juegan las operaciones de la fantasía, no solo en el plano de la constitución subjetiva sino también en el de la economía, la política y las instituciones, “campos que antes se limitaban únicamente a cuestiones de necesidad, interés personal, razón y poder” (Scott, 2008, p. 253). Scott critica así aquellas formas de entender la producción del género en las cuales se elimina la ambigüedad (y podríamos agregar inestabilidad) que la fantasía otorga a las identidades subjetivas como ‘hombre’ y ‘mujer’. Estos enfoques reducen el análisis a los aspectos racionales, convirtiendo el estudio de las políticas del género en el mero rastreo de la legislación e inculcación de roles, “en lugar de documentar un proyecto cuya imposibilidad real (crear una oposición hombre-mujer que fuera estable y resistente) definiera los términos de sus operaciones” (Scott, 2008, p. 253). La insistencia en las dimensiones inconscientes que permiten la articulación de la diferencia sexual ayuda a vincular el estudio del género con la política. Pero esta no debe ser entendida solo como la movilización de la fuerza para lograr un determinado objetivo, sino también como la capacidad para apelar a la fantasía. (Scott, 2008, p. 255). Las instituciones también apelan a procesos inconscientes en lo que Scott llama una posible erótica del poder.

En un artículo aparecido en 2001, “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”<sup>11</sup>, Scott desarrolla de manera mucho más exhaustiva la cuestión de la fantasía y su utilidad para pensar la historia y el género (Scott, 2006a). Luego de una breve aclaración respecto de la expresión que da título al ensayo, Scott ubica inmediatamente el problema en relación a la identidad, y por lo tanto, se podría decir, en términos políticos antes que epistemológicos. Hay un fuerte vínculo entre la apelación a la historia y la manera en que los individuos, y sobre todo los grupos, se identifican a sí mismos. Como vimos en los capítulos anteriores, una parte considerable del trabajo de Scott ha consistido en desentramar cómo han sido construidos los significados subjetivos y colectivos de las categorías de identidad (Garazi, 2016). Los sujetos no preexisten a las categorías que los definen como tales sino que dichas categorías los constituyen como sujetos. Al abordar el concepto de experiencia, Scott señalaba como una de las indagaciones teóricas principales el hecho de “entender las

---

<sup>11</sup> “Fantasy echo: history and the construction of identity” apareció publicado en *Revista Inquiry*, 27, 2 y luego fue incluido como capítulo en *The Fantasy of feminist history*.

operaciones de los complejos y cambiantes procesos discursivos por los cuales las identidades se adscriben, resisten o aceptan, procesos mismos que no son señalados y que de hecho consiguen su efecto porque pasan desapercibidos (Scott, 2006a, p. 64). En este sentido, desde la perspectiva de Scott la emergencia de una nueva identidad no expresa algo que siempre estuvo allí esperando a ser expresado ni que tampoco existirá siempre en la forma que se le dio en un momento histórico particular.

Volviendo al ensayo del 2001, el punto de partida de la argumentación es que las identidades no son anteriores, no preexisten, a sus demandas políticas estratégicas: “las categorías de identidad que nosotros damos por sentadas como enraizadas en nuestros cuerpos físicos (género, raza) o en nuestras herencias culturales (étnicas, religiosas) de hecho son vinculadas retrospectivamente a esas raíces; no derivan predecible o naturalmente de ellas” (Scott, 2006a, p. 113). El resultado es una identidad ilusoria (*illusory sameness*) tomada como una categoría fija, en relación a la cual lo único que varía con el tiempo son las circunstancias históricas. Por eso un error frecuente de muchos historiadores e historiadoras, apunta Scott, es preguntarse por los cambios en el estatuto económico, político o legal de las mujeres y no por el significado del propio término mujeres. La identidad feminista, prosigue, es antes que nada el efecto de una estrategia política retórica, invocada de distintas maneras por diferentes feministas en épocas diferentes (Scott, 2006a, p. 115). Frente a la historia de las mujeres como algo continuo, Scott propone una historia de la discontinuidad repetidamente “suturada” por activistas feministas de diversas épocas, cuyo efecto ha sido una sucesión lineal ininterrumpida, bajo la forma del activismo de las mujeres en nombre de las mujeres (Scott, 2006a, p. 115). En ese sentido, concluye Scott, la identidad de las mujeres no ha sido tanto un hecho obvio de la historia sino más bien evidencia del esfuerzo de alguien, de un grupo, por identificar y de ese modo movilizar a una colectividad.

En este posicionamiento crítico respecto de las categorías de identidad, y en particular de “mujeres”, Scott ha referenciado en múltiples ocasiones la importante influencia que en su trabajo ha tenido el libro *Am I that name?*, de Denise Riley, publicado en 1988. Brevemente, Riley argumenta en ese texto respecto de la inestabilidad de la categoría “mujer”: no se trata solo de que hay distintos tipos de mujeres bajo ese término sino que la identidad colectiva significa cosas diferentes en distintos momentos, con lo cual queda problematizado su fundamento ontológico (Scott, 2009a, 105). Por otro lado, las críticas a las concepciones esencialistas de la identidad no son algo novedoso en el panorama intelectual en el que se ubica Scott. Sin embargo, se trata según ella, de dar un paso más, pues aun quienes admiten que las identidades son “inventadas”, o en todo caso articuladas, como consecuencia de la

movilización política siguen sin prestar mucha atención a cómo opera el proceso mismo de invención o producción de la identidad, al menos en relación a la historia.

Para dar cuenta entonces de cuáles son y cómo operan estos procesos Scott introduce la expresión “eco de fantasía”. La expresión refiere en principio a una repetición imaginada: la idea del eco sugiere que esa repetición no es exacta, mientras que la fantasía alude a las dimensiones no racionales de la acción. Se trata por lo tanto de indagar en los mecanismos de identificación colectiva y retrospectiva en términos de un eco fantaseado o de una fantasía repetida como un eco (Scott, 2006a, p. 116).

Scott ubica inmediatamente el término fantasía en el sentido técnico del psicoanálisis. Al menos en principio, no refiere meramente a una posible identificación establecida por parecidos entre actores del pasado y del presente. En ese sentido le interesa distinguir la idea de fantasía de la de imaginación, más ligada a mecanismos de control racional e intencional. La fantasía apunta, por el contrario, a dimensiones inconscientes (tal como remarcaba en el artículo de 1999). Pero tampoco se trata solamente de aquellas fantasías compartidas, que algunos han llamado primarias u originarias, que proporcionan elementos para las identidades sexuadas, esto es, “mitos que las culturas desarrollan para responder a las preguntas sobre los orígenes de los sujetos, la diferencia sexual y la sexualidad” (Scott, 2006a, p. 116). Scott no niega que esto pueda tener cierta utilidad analítica, pero le interesa considerar la fantasía más bien como “un mecanismo formal para la articulación de escenarios que son por un lado históricamente específicos en su representación y detalle, y al mismo tiempo, trascienden por otro lado la especificidad histórica” (Scott, 2006a, p. 117).

El argumento principal es que el sentimiento de identidad común de las mujeres no es anterior a su invocación sino que es posibilitado precisamente por las fantasías que les permiten trascender la historia y la diferencia. Para delinear los aspectos que le resultan más provechosos del término, Scott apela, además de los análisis de Laplanche, Freud y Riley, a textos de Jacqueline Rose y fundamentalmente a la lectura lacaniana de Zlavož Zizek en “Los siete velos de la fantasía”, donde el autor caracteriza el concepto de fantasía por medio de ciertos rasgos constitutivos (Zizek, 2011). En base a estos aportes, la historiadora norteamericana rescata tres dimensiones de la fantasía: en primer lugar constituye el marco del deseo, y no su objeto, lo cual apunta a la idea de escenario y la representación del sujeto como participante de la escena; en segundo lugar, en tanto mecanismo formal la fantasía tiene una doble estructura, pues a un mismo tiempo reproduce y a la vez enmascara el conflicto, el antagonismo y la contradicción; por último, la fantasía opera como una narración densamente concentrada. En relación a esto último, la fantasía permite a la historia la configuración



diacrónicamente ordenada de elementos incoherentes; más aún, dice Scott siguiendo a Žižek, la imposición a la historia de una lógica narrativa es ella misma una fantasía (Scott, 2006a, pp. 117-118).

Lo central para la autora es dilucidar el modo en que la fantasía está en juego en la articulación de la identidad individual y colectiva: “extrae coherencia de la confusión, reduce la multiplicidad a singularidad y reconcilia el deseo ilícito con la ley” (Scott, 2006a, p. 119). Como señala Angelika Epple (2014), la fantasía permite responder a la pregunta sobre cómo tender un puente entre un sujeto y un grupo. Al respecto, Scott señala que la fantasía no solo da cuenta de las formas en que se constituyen los sujetos (interiorizando pero también resistiendo las normas sociales, y por lo tanto asumiendo los términos de identidad a partir de los cuales actúan en el mundo), sino que también puede ser utilizada “para estudiar cómo la historia – considerada una narración fantaseada que impone un orden secuencial a los de otra forma caóticos y contingentes sucesos – contribuye a la articulación de la identidad política” (Scott, 2006a, p. 119).

Al momento de poner ejemplos Scott subraya, como dos fantasías recurrentes para la identidad feminista, la de la oradora pública y la fantasía maternal feminista. En ambos casos operan como recursos a ser invocados para la consolidación de esa identidad y proveen los términos de la identificación política. Se trata de escenarios, o quizás sería más preciso decir guiones (Laplanche y Pontalis, 1996), en los cuales los sujetos se inscriben y se interpretan a sí mismos en una historia aparentemente continua. El punto para Scott es que esa identidad política forjada al calor de los escenarios de la fantasía oculta las diferencias históricas específicas. Fue de este modo que el feminismo pudo darse con una historia, “a través del hecho de que sucesivas generaciones de mujeres (activistas e historiadoras) pudieron escribirse a sí mismas en estos escenarios estructurados de manera semejante. Fue la *jouissance* compartida, no los detalles históricos específicos, lo que proporcionó el trasfondo común” (Scott, 2006a, p. 127).

En la medida en que parece socavar una noción fuerte o estable de identidad, cabría preguntarse si la elucidación de las operaciones de la fantasía va en desmedro de la eficacia política de la lucha feminista, o del feminismo como movimiento político. Algo que, por otro lado, valdría para cualquier sujeto colectivo cuya identidad se construye, en parte, en relación con una historia. Según Epple (2014) las tesis de Scott apuntan a una cuestión central de la agenda feminista de las últimas décadas, esto es, la de cómo combinar la mutabilidad de todas las categorías, incluidas las de identidad, con los asuntos políticos. Es decir, si las críticas a la categoría de identidad, o a un modo de entenderla, y la historización de la categoría de mujer

reverten en consecuencias indeseadas para la formulación de un sujeto del feminismo. Para Scott, como vimos, la historización de las categorías constituye una tarea imprescindible, y no solo en términos teóricos. Esta historización es sinónimo de despolitización, como algunas reprochan, solo si se hace depender la existencia del feminismo de alguna acción inherente y atemporal de las mujeres, o de alguna cualidad esencial (Scott, 2006a).

Al señalar la importancia de la fantasía en la creación de identificaciones que trascienden la especificidad histórica, Scott subraya que no busca desacreditar al feminismo sino reflexionar acerca de las operaciones de estos mecanismos identificatorios ligados a la historia. Ello contribuiría a profundizar el conocimiento sobre cómo funciona por ejemplo un movimiento como el feminista, evitando atribuirle cualidades esencialistas. En buena medida, las fantasías han proporcionado a las feministas una manera de establecer una herencia común, a pesar de sus diferencias, basada en asociaciones inconscientes, y es ahí, dice Scott, donde radica su eficacia (Scott, 2006a, p. 137). En definitiva, concluye, la figura “eco de fantasía” designa un conjunto de operaciones mentales por las cuales ciertas categorías de identidad son construidas, borrando diferencias históricas y creando continuidades aparentes: “supone solamente que allí donde hay evidencia de lo que parece una identidad duradera e inmutable hay una historia que necesita ser explorada (Scott, 2006a, p. 138). Así, permite responder a la cuestión de cómo se constituyen las identidades colectivas.

Más allá de la rigurosidad con la que Scott se atenga a los sentidos más técnicos del término, la utilidad analítica de la fantasía para la teoría feminista en general y para la investigación histórica en particular representa un desafío que queda planteado. En su artículo de la revista *History and theory*, Epple (2014) remarca el hecho de que Scott ofrece discusiones interesantes respecto de algunas categorías teóricas y un diagnóstico acertado de los problemas actuales de la disciplina historiográfica. Sin embargo, disiente en la hipótesis de que el psicoanálisis sea el único “remedio” (algo que por otro lado Scott nunca sostiene), o incluso el más adecuado, frente a ese diagnóstico. En principio, según esta autora, para Scott la fantasía parecería cumplir un rol similar al que tiene la narración en teorías narrativistas como la de Paul Ricoeur, y podríamos agregar Hayden White, en la medida que en ambos casos permiten articular en un todo coherente aquello que aparentemente no lo es (Epple, 2014, p. 239).

Sin embargo, de acuerdo a Epple, estas posiciones narrativistas ofrecen herramientas más útiles al momento de pensar cómo antagonismos fundamentales (la “heterogeneidad”) pueden ser colocados, y así transformados, en un orden temporal (la “síntesis de lo

heterogéneo”), para de ese modo explicar por qué las cosas ocurrieron de una u otra manera (Epple, 2014, p. 239). Y ello sin comprometerse con lo que, en su opinión, son las formulaciones un tanto inmanejables del psicoanálisis. Al igual que la fantasía, la narración permite establecer un vínculo entre lo individual por un lado y lo cultural y el discurso social por el otro. “Sin embargo”, añade “en contraste con la fantasía, el concepto de narración incluye su propia historización”<sup>12</sup> (Epple, 2014, p. 240). Epple opone así ciertos reparos a la fantasía entendida según los términos lacanianos de la castración y la pérdida de la totalidad imaginaria o, más aun, cuando en ella se incluye el modo en que los historiadores invisten psíquicamente sus relatos. Planteada de esa manera, la fantasía queda demasiado limitada a una situación histórica específica, aquella propia de las estructuras familiares blancas de clase media en ciertas sociedades occidentales. Por el contrario, al momento de la producción de identidad los regímenes temporales supuestos en la estructura narrativa, o como Epple dirá en patrones específicos de narración, cumplen un papel mucho más importante. Por eso ‘fantasía’ es un término aceptable solo en el sentido de ‘imaginación’ o, dicho en términos teóricos, ‘narración’. Y ello sin negar el efecto del género, y de las localizaciones geopolíticas, sobre esos patrones narrativos y sus respectivos regímenes temporales. En definitiva, concluye Epple, “esos patrones de narración generizados y eurocéntricos son más fundamentales que las inversiones psíquicas de los historiadores” (Epple, 2014, p. 242)<sup>13</sup>.

Si son las fantasías o los elementos formales de las narraciones las condiciones de posibilidad de la historia, o quizás ambas, es una discusión que queda planteada. También queda por ver hasta qué punto la utilización de la categoría de fantasía escapa al reproche realizado por la propia Scott a los representantes de la psichistoria, esto es, la crítica a la mera instrumentalización simplista del psicoanálisis en el campo historiográfico. Scott podría desembarazarse de esa objeción señalando precisamente su intención de servirse de herramientas teóricas con el fin de pensar críticamente respecto de su propia disciplina y del feminismo, algo que la psichistoria no llegaba a realizar. En ese sentido, se encuentra en sintonía con los planteamientos más contemporáneos respecto de la relevancia de la subjetividad quien estudia el pasado, algo que Scott también suscribe en *Experiencia*, y este sentido, también con ciertas formulaciones de lo que se conoce como epistemologías críticas feministas (Campagnoli, 2018). La fantasía no solo opera como dimensión inconsciente en quienes hacen la historia, sino también en quienes la escriben. Por último, las tesis de Scott

---

<sup>12</sup> La traducción es mía.

<sup>13</sup> “I would argue that these gendered and Eurocentric patterns of narration are more fundamental than the psychic investments of historians”. La traducción es mía.

sugieren asimismo la posibilidad de pensar acerca del valor político de la fantasía, al invitarnos a indagar no solo aquellos guiones o escenarios en los que los individuos se inscriben al momento de vincularse con su pasado, sino también respecto de otros escenarios futuros. Las fantasías nunca logran ser capturadas completamente por categorías normativas. Queda saber si ese resto que constantemente nos excede puede ser reconducido, de algún modo, hacia fines emancipatorios.

## Consideraciones finales

Scott ha señalado recientemente que más allá de las bifurcaciones en su recorrido y de los sucesivos desplazamientos teóricos, entendidos por algunos, incluida ella misma, en términos de giros, la cuestión central en toda su obra ha sido el análisis de relaciones de fuerza disimétricas y particularmente la manera en que las personas que viven en una relación de desigualdad la experimentan, la piensan y la formulan. En los inicios de sus investigaciones, embebida aun de las lecturas de historiadores marxistas y de las ideas de izquierda del ambiente familiar en que se crió, estas relaciones refirieron a obreros y patrones. Cuando luego su preocupación se desplazó hacia los vínculos entre hombres y mujeres, la “grilla marxista” en la que se había formado resultó insuficiente para comprenderlas completamente. Tal como vimos, fue entonces que la aproximación a autores como Foucault y Derrida le ofrecieron un modo distinto de pensar las cuestiones relativas a la dominación, introduciendo la idea de diferencia, o al menos una manera específica de comprenderla (Zaoui et al., 2014).

Por lo tanto sería infundado sostener, como a menudo se ha hecho, que la perspectiva postestructuralista defendida por Scott a lo largo de tantos años, con su énfasis en los significados y los discursos, pierde de vista el problema de la agencia de los sujetos, en este caso de las mujeres, o se desentiende de los efectos políticos de su formulación. Por un lado, se estaría obviando el hecho de que las preocupaciones políticas han estado en el centro de sus intereses, ya sea en relación a la situación de subordinación de las mujeres, ya en relación a los modos en que se escribe la historia. Por otro lado, de la tesis según la cual la agencia esta mediada discursivamente no se sigue de ningún modo la negación de su posibilidad, y muchos menos la despolitización de una identidad. Sería más interesante indagar, en todo caso, qué tipo de política se sigue de una perspectiva teórica como la de Scott, cuáles serían sus potencialidades y sus limitaciones, cuán efectiva puede llegar a ser en función de los contextos en que se enuncia.

Scott (2012a) afirma que el feminismo se funda en una paradoja constitutiva. Hacia fines del siglo XVIII, en el momento de las revoluciones democráticas y sus proclamas universales de derechos para los individuos, las mujeres fueron excluidas de la práctica política como consecuencia del discurso de la diferencia sexual, es decir, de una diferencia pretendidamente biológica entre hombres y mujeres, usada como base ontológica para la diferenciación política y social. En consecuencia, el feminismo apareció como una protesta contra esa exclusión, “y su objetivo era eliminar la ‘diferencia sexual’ en la política, pero para

ello debía expresar su reclamo en nombre de las ‘mujeres’ (que al nivel del discurso eran producto de la ‘diferencia sexual’)” (Scott, 2012a, p. 20). De este modo, actuando por ‘las mujeres’, el feminismo reproducía, según Scott, la misma ‘diferencia sexual’ que buscaba eliminar. “Esa paradoja – la necesidad de aceptar y de rechazar al mismo tiempo la ‘diferencia sexual’ – fue la condición constitutiva del feminismo durante su larga historia” (Scott, 2012a, p. 20).

Es a partir de esta paradoja constitutiva que según Scott debe pensarse no solo la historia del feminismo sino la agencia feminista misma. Lo paradójico de sus estrategias no reside en formularse como opiniones discordantes o de oposición sino en revelar las inconsistencias mismas de un sistema político y la necesidad de repensarlo. He aquí el miedo y el desprecio que el feminismo inspiran: “porque la identificación y la exhibición de inconsistencias y ambigüedades – de autocontradicciones – dentro de una ortodoxia que niega denodadamente su existencia son ciertamente desestabilizadoras y a veces incluso transformadoras” (Scott, 2012a, p. 29). El hecho de estar ubicadas discursivamente en una contradicción y como una contradicción, concluye Scott, dio a las estrategias feministas la capacidad de evidenciar y explotar las ambigüedades en los conceptos fundacionales de la filosofía, la política y el sentido común.

Además de paradójica, la agencia feminista es histórica, esto es, no refiere a un conjunto fijo de comportamientos, ni se corresponde con un atributo esencial de las mujeres. En lugar de ello, apunta Scott, los reclamos feministas han sido formulados en términos de epistemologías, instituciones y prácticas muy diferentes, y de ningún modo pueden ser entendidos como la evidencia de una “continua conciencia de la Mujer” o de una voluntad individual autónoma e innata. Según se ha ocupado de señalar a lo largo de casi toda su obra, el sujeto del feminismo nunca ha sido constante y los términos de su representación han variado históricamente. Es preciso entonces prestar atención a los procesos discursivos que operan como condición de posibilidad de la agencia en cada contexto histórico. En definitiva, la experiencia común de ser excluidas no debe ser confundida con una visión compartida del significado de ser mujer ni de ser feminista (Scott, 2012a).

La insistencia de Scott en comprender la agencia feminista en términos de paradojas ha sido destacada por Butler (2014) no sólo como una clave para comprender su producción teórica sino también como una manera novedosa de pensar el cambio histórico. En su opinión, el trabajo de Scott considerado en su conjunto supuso dos críticas importantes: por un lado, al concepto monolítico de sujeto histórico colectivo y homogéneo; por otro lado a la comprensión causal y simplista de la noción de agencia. Las condiciones de posibilidad para

el agenciamiento de los individuos, señala Butler, resultan de efectos históricos que son a la vez contingentes y convergentes. En lugar de una historia determinista y de un sujeto extraordinariamente volitivo, Scott ha mostrado que la paradoja constituye el mecanismo principal del cambio histórico, a través del complejo interjuego de varias fuerzas históricas, bajo condiciones que son a un mismo tiempo restrictivas pero posibilitadoras de la agencia (Butler, 2014, p. 38). Por ello la paradoja “no es solo una forma de explicar el cambio histórico, sino una forma de hacer el cambio histórico y de abrir un futuro” (Butler, 2014, p. 41).

En cualquier caso, es claro que Scott se ha esforzado permanentemente por alejarse de aquellas lecturas de la historia del feminismo que “dan por sentada la inevitabilidad del progreso, la autonomía de los agentes individuales y la necesidad de elegir entre la igualdad y la diferencia” (Scott, 2012a, p. 18). En su lugar, propone “escribir la historia del feminismo a través de las lecturas de las paradojas específicas que los sujetos feministas encarnan, realizan y denuncian” (Scott, 2012a, p. 35). Ello implica romper con las narrativas lineales, con la teleología y con la tentación constante de las reinscripciones esencialistas en la historia. Nada de inevitable ni dado de antemano en lo que las mujeres han hecho en el pasado, pero tampoco nada definitivamente asegurado en relación con el futuro.

Por otro lado, y en buena medida como fruto de aquel giro feminista de comienzos de los años setenta, Scott ha intentado despegarse siempre, por sus limitaciones teóricas pero también por sus efectos políticos, de las formas más convencionales y ortodoxas de la historia, ya sea para introducir en su centro la utilidad del género, para problematizar supuestos pretendidamente autoevidentes, como la noción de experiencia, o para llamar la atención, a través de la apelación a la fantasía, sobre los mecanismos inconscientes en nuestro vínculo con el pasado. En ese camino ha sido de importancia fundamental su aproximación a la filosofía y a partir de allí la búsqueda constante, devenida en pasión intelectual, de las más diversas herramientas teóricas, algo a lo que suelen ser bastante renuentes quienes se ocupan de la historia, en opinión de Scott.

En los últimos años, esta búsqueda ha tomado forma bajo el nombre de “historia crítica”. Tal ha sido el modo en que Scott denomina actualmente su propio trabajo (Scott 2007a, 2009b, 2018b). A lo largo de los distintos capítulos intenté trazar los momentos fundamentales de esta propuesta teórica, construida a partir de un feminismo crítico y antiesencialista, del diseño de una perspectiva postestructuralista para el abordaje de nuestro vínculo con el pasado y de la revalorización de la teoría psicoanalítica. En palabras de Scott, la historia crítica intenta hacer visibles las premisas sobre las cuales se basan las categorías

organizadoras de nuestra identidad y así darles una historia, con el fin de volverlas pasibles de revisión; su objeto es el presente, aun cuando sean los archivos del pasado los que nos provean de sus materiales. Su propósito, agrega, es iluminar aquellos lugares oscuros que dejan intactos los sistemas sociales y políticos, y que por lo mismo, hacen que parezca tan difícil transformarlos. Así, la escritura crítica de la historia sirve en dos sentidos: “abre puertas a futuros que de otro modo no hubiéramos podido imaginar, y al hacerlo, nos ofrece más material para seguir escribiendo la historia” (Scott, 2007a, p. 35).



## Referencias bibliográficas:

- Abelson E., Abraham D. y Murphy M. (1989). Interview with Joan Scott, *Radical History Review*, núm. 45, pp. 41-59.
- Acha, O. (2000). *El sexo de la historia. Intervenciones de género para una crítica antiesencialista de la historiografía*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- y Vallejo, M. (2010). Introducción: Filosofía, psicoanálisis, historiografía. En Acha O. y Vallejos M. (ed.), *Inconsciente e historia después de Freud. Cruces entre psicoanálisis, historia y filosofía* (pp. 9-31). Buenos Aires: Prometeo.
- Alcoff, L. (2000). Phenomenology, Post-structuralism, and feminist theory on the concept of experience. En Fisher L. y Embree L. (ed), *Feminist phenomenology*, DOI: 10.1007/978-94-015-9488-2.
- Andujar, A. (2012). El género de la historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado. En Viano, C. (ed.), *Miradas sobre la historia. Fragmentos de un recorrido*. Rosario: Prohistoria.
- Aresti, N. (2006). La categoría de género en la obra de Joan Scott. En Borderías, C. (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona: Icaria editorial.
- Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia: el viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.
- Balibar, E. (2007). El estructuralismo, ¿una destitución del sujeto?. *Instantes y azares: escrituras nietzscheanas*, núm. 4-5.
- Barrancos, D. (2008). Introducción. En Barrancos, D., *Mujeres, entre la plaza y la casa* (pp. 9-27). Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- Bleichmar, E. D. (1996). Introducción. Feminismo y psicoanálisis. En Burin, M. y Bleichmar E. D. (comps), *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Bock, G. (1991). La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, núm. 9.
- Bogino Larrambebere, M. y Fernandez-Rasines, P. (2017). Relecturas de género: concepto normativo y categoría crítica. *Revista de estudios de género, La ventana*, núm. 45 (enero-junio), pp. 158-185.
- Burke, P. (1993). Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro. En Burke, P., (ed.) *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.

- Butler, J. (2014). Hablando claro, contestando. El feminismo crítico de Joan Scott. *Rey Desnudo*, Año II, núm. 4, Otoño 2014, pp. 31-51. Recuperado de <http://reydesnudo.com.ar/rey-desnudo/article/view/141/127>.
- Cabrera, M. Á. (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.).
- (2006). Lenguaje, experiencia e identidad. La contribución de Joan Scott a la renovación teórica de los estudios históricos. En Borderías, C. (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona: Icaria editorial.
- Campagnoli, M. (2011). Genealogías del género. *Ilustración y libertades. Revista de pensamiento e historia de las ideas*, núm. 2, pp. 109-147.
- (2018). Epistemologías críticas feministas. Aproximaciones actuales. *Descentrada*, vol. 2, núm. 2, e047, Septiembre.
- Cangiano, M. C. y Dubois L. (1993). “De mujer a género: teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales”. En Cangiano, M. C. y Dubois, L. (Ed.), *De mujer a género*. Buenos Aires: CEAL.
- Canning, K. (1994). Feminist history after the linguistic turn: historicizing discourse and experience. *Signs*, vol. 19, núm. 2 (invierno), pp. 368-404.
- Culler, J., (1987). La crítica postestructuralista. *Criterios*, La Habana, núm. 21-24 (enero 1987/diciembre 1988), pp. 33-43.
- (1998). *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Cusset, F. (2003). *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux Etats-Unis*. Paris: Editions La Decouverte.
- De Lauretis, T. (1992). Semiótica y experiencia. En *Alicia ya no*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- (2000a), La tecnología del género. En *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: horas y Horas.
- (2000b). Genealogías feministas. Un itinerario personal. En *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: horas y Horas.
- Epple, A. (2014). The vertigo of historical analyses in a globalizing world. *History and theory*, núm. 53 (mayo), pp 234-243.
- Fassin, E. (2008). L’empire du genre. L’histoire politique ambiguë d’un outil conceptuel. *L’homme*, 3/4, núm. 187-188, pp. 375, 392.
- Garazi, D. (2016). Experiencia, lenguaje e identidad: algunas notas sobre el concepto de ‘experiencia’ en la obra de Joan W. Scott. *Trabajos y comunicaciones*, núm. 43, e013.

- Giddens, A. (1990). El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura. En Giddens, A., Turner, J., y otros (ed.), *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza.
- Hesford, V. y Diedrich, L. (2014). On 'The evidence of experience' and its reverberations: An interview with Joan W. Scott. *Feminist Theory*, vol. 15 (2), pp. 197-207.
- Hinds, K. (1985). Joan Wallach Scott: breaking new ground for women. *Change*, vol. 17. Núm. 4 (Julio-Agosto 1985), pp. 48-53.
- Hughes-Warrington, M (2008). *Fifty key thinkers on history*. (2° edition). Londres: Routledge.
- Iggers, G. G., (1995). *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional*. Barcelona: Editorial Labor S.A.
- Jay, M. (2009). *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Buenos Aires: Paidós.
- Kelly Gadol, Joan (1992). La relación social entre los sexos: implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres. En Ramos Escandon, C. (ed.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México: Mora.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1996). Fantasía. En Laplanche, J. y Pontalis, J. B., *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Luna, L. G. (1994). Historia, género y política. En Luna, L. y Villareal, N., *Historia, género y política. Movimiento de mujeres y participación política en Colombia, 1930-1991*. Barcelona: Ed. Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad, Univ. De Barcelona.
- Martínez, A. (2018). Freud y el feminismo psicoanalítico norteamericano. En Martínez, E., *Identidad y sujeto en la trama del sujeto sexo-generizado: del psicoanálisis norteamericano a Judith Butler*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Mudrovcic, M. I. (2003). Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia. *Dianoia*, Volumen XLVIII, núm. 50 (mayo), pp. 111-127.
- Nash, M. (1984). Nuevas dimensiones en la historia de la mujer. En Nash, M (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona: Serbal.
- Palmer, B. (1989). Respuesta a Joan Scott. *Historia Social*, núm. 4 (primavera-verano, 1989), pp. 99-118.
- Perez Cavana, M. L. (2000). Feminismo y psicoanálisis. En Amoros, C. (ed.), *Feminismo y filosofía*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Pita, V. (1998). Estudios de género e historia: situación y perspectivas. *Mora*, núm. 4, octubre, pp. 72-82.

- Plumauzille, C. (2014). Joan Scott' s critical history of inequality. *Institute for Advanced Study. The institute letter*. Verano 2014, pp. 14-16.
- Ramos Escandón, C. (1992). La nueva historia, el feminismo y la mujer. En Ramos Escandón, C. (ed.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México: Mora.
- Sazbón, J. (2007). Razón y método: del estructuralismo al postestructuralismo. *Revista Pensar. Epistemología, política y ciencias sociales*, núm. 1, Rosario: UNR Editora, pp. 45-61.
- Scanlon, J. y Cosner, S. (1996). Scott, Joan Wallach. En Scanlon, J. y Cosner, S., *American women historians, 1700s-1990s: a biographical dictionary*. Connecticut: Greenwood Press.
- Scott, J. W. (1989a). Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera. *Historia Social*, núm. 4, 1989, pp. 81-98.
- (1989b). Una respuesta a las críticas. *Historia social*, núm. 4 (primavera/verano), pp. 127-135.
- (1992a). Igualdad *versus* diferencia: los usos de la teoría postestructuralista. *Debate Feminista*, Año 3, Vol. 5, marzo 1992.
- (1992b). El problema de la invisibilidad. En Ramos Escandón, C. (ed.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México: Mora.
- (1993). Historia de las mujeres. En Burke, P. (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, pp. 59-89.
- (1999). Comentario sobre 'Confounding Gender'. *Debate Feminista*, Año 10, Vol. 20. Octubre 1999.
- (2001). Experiencia. *La ventana*, No. 13, pp. 42-74. Recuperado de: <http://www.revistascientificas.udg.mx/index.php/LV/article/view/551/574>
- (2006a). El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad. *Ayer*, núm. 62 (2), pp. 113-138.
- (2006b). La historia del feminismo. En Fernández Aceves, M. T., Ramos Escandón, C. y Porter, S. (ed.): *Orden social e identidad de género: México, siglos XIX y XX* (pp. 35-62). Guadalajara: CIESAS/Universidad de Guadalajara.
- (2007a). History-writing as critique. En Keith, J. et al. (ed.), *Manifestos for history* (pp. 19-38). Londres: Routledge.
- (2008). *Género e Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2009a). Preguntas no respondidas. *Debate feminista*, Vol. 40, octubre, pp. 100-110.
- (2009b). Finding critical history. En Banner, J. M. jr y Gillis, J. R. (ed.), *Becoming historians*. Chicago: The University of Chicago Press.

- (2011a). Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis? *La manzana de la discordia*, Vol. 6, núm. 1, 2011.
- (2011b). *The Fantasy of Feminist History*. Durham, Duke University Press.
- (2012a). Releer la historia del feminismo. En Scott, J., *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia 1789-194* (pp. 17-37). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2012b). Reverberaciones feministas. *CS – Revista en Ciencias Sociales*, núm. 10, julio-diciembre 2012.
- (2012c). The incommensurability of psychoanalysis and history. *History and Theory*, 51 (febrero), pp. 63-83.
- (2018a). Preface to the Thirtieth anniversary edition. En Scott, J., *Gender and the politics of history. 30<sup>th</sup> Anniversary edition*. New York: Columbia University Press.
- y Butler, J. y Fassin, E. (2007b). Pour ne pas en finir avec le ‘genre’... Table ronde. *Sociétés et Représentations*, 2007/2 (núm. 24), pp. 285-306.
- y Kleinberg, E. y Wilder, G. (2018b). Theses on theory and history. Recuperado de: <http://www.theoryrevolt.com>.
- Smith-Rosenberg, C. (1975). The new woman and the new history. *Feminist Studies*, vol. 3, núm. 1/2 (agosto), pp. 185-198.
- Spiegel, G. M. (2006). La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico. *Ayer*, Nro. 62 (2), pp. 19-50.
- Stansell, C. (1989). Respuesta a Joan Scott. *Historia Social*, núm. 4 (primavera-verano), pp. 99-118.
- Tarrés M. L. (2012). A propósito de la categoría género: leer a Joan Scott. *Sociedade e cultura*, Goiânia, vol. 15, núm. 2, p. 379-391, julio/diciembre.
- Tubert, S. (1996). Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo. En Burin, M. y Bleichmar E. D. (ed.), *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Tuñón, J. (1990). Las mujeres y su historia. Balance, problemas y perspectivas. En Urrutia, E. (ed.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México. Aporte desde diversas disciplinas* (pp. 375-411). México: Colmex.
- Valobra, A. (2005). Algunas consideraciones acerca de la relación entre historia de las mujeres y género en Argentina. *Nuevo topo*, núm. 1 (septiembre-octubre), pp. 101-122.
- Varikas, E. (1995). Gender, Experience and Subjectivity: the Tilly-Scott disagreement. *New Left Review*, núm. 211 (mayo-junio), pp. 89-101.
- Viveros Vigoya, M. (2004). El concepto de ‘género’ y sus avatares: interrogantes en torno a algunas viejas y nuevas controversias. En Millán de Benavides, C. y Estrada, A. M. (ed.),

*Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo.* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Weedon, C. (2000). Poststructuralism/postmodernism. En Code, L. (ed.), *Encyclopedia of feminist theorie*. Londres: Routledge.

- Zaoui, P., Mangeot, P., Ponticelli, A., Krikorian, G. (2014). History trouble. Entretien avec Joan Scott. *Vacarme*, 2014/1, núm. 66, pp. 218-248.

- Zizek, S. (2011). Los siete velos de la fantasía. En *El acoso de las fantasías* (pp. 7-52). Madrid: Akal.